me compra un lío? Tres actos cómicos

DE JOSE DE LUCIO Y JULIAN MOYRON

TALIA

REVISTA QUINCENAL
DE OBRAS TEATRALES

Director: Cecilio Luna
Gerente: Manuel Soriano Torres
Villanueva, 38
MADRID

TALIA Publicará las obras teatr
más interesantes.

TALIA Publicará las obras de los
prestigiosos autores.

TALIA Publicará las obras que
éxito hayan alcanzado.

TALIA Formará la colección
completa del Teatro Clás
Contemporáneo.

1 25 ptas.

Lea V. TAL

AGENTES DE VENTA EN MADRID

Distribuidora BLAM

PAZ, n.º 6 - TELEF. 15665
MADRID

IMPRENTA

LITOGRAFIA

ENCUADERNACION

INDUSTRIAS :-
RAFICOPAPELERA

Carrera de San Jerónimo, 5
Teléf. 16639 – Apartado 404
MADRID

RELIEVES

PAPELES

CARTULINAS

)SE DE LUCIO Y JULIAN MOYRON

QUIEN ME COMPRA UN LIO?

TRES ACTOS COMICOS

ORIGINAL

'enada en el Teatro Barcelona de Barcelona, el día 4 le Octubre de 1939 y en Teatro Fontalba de Madrid, el día 5 de Diciembre del mismo año.

TALIA

AÑO I -:- Madrid 1.º de Abril de 1940 -:- NUM. 3

E. de MIGUEL. - Huertas, 55
Teléfono 17210
MADRID

REPARTO

PERSONAJES

Luisa	TERESA PUJOL
Mary	Regina Linares
Rosario	MARIA BRU
Vicenta	Carmen Navarro
Una parroquiana	Amelia Suso
Desiderio	RAFAEL L. SOMZ
Olegario	Joaquín Regalez
Ruperto	José Sancho
Hipólito	Rafael Catalán
Nicomedes	Modesto Cid
Luis	Enrique Quijano
El coronel Morales	Juan Moyano
Un parroquiano	Angel L. Somoza,

La acción en Madrid. Epoca actual.

ACTO PRIMERO

El salón de un café de tipo clásico, aunque bastante bien esto. Puerta de entrada en el lado derecho, en segundo término, y otra puerta pequeña en el lado izquierdo, primer mino, que conduce a las habitaciones superiores. Al fondo a arcada grande que deja ver otro salón del café, en cuyo o izquierdo se supone colocado el mostrador.

ESCENA 1.ª

Hipólito, parroquiano y parroquiana.

(*Al levantarse el telón aparecen en el lado decho, la Parroquiana, y frente al público, en e mismo lado, el Parroquiano, ambos sentas en sus respectivas mesas, dando muestras una gran impaciencia. Consultan los relojes, rando hacia la puerta, etc. Hipólito, camarede la casa, lee un periódico, sentado en el exmo izquierdo. Se oyen unas palmadas*).

HIPOLITO.—¡Va! (*Mutis foro izquierda*).

PARROQUIANO.—(*A la Parroquiana*). Por lo to hoy no viene.

PARROQUIANA.—Ni la de usted tampoco.

PARROQUIANO.—Es el primer plantón que da.

PARROQUIANA. — Lo mismo me ocurre a Ya se habrá usted fijado...

PARROQUIANO. — Sí. Por cierto—y usted

725602

perdone la sinceridad—que desde el primer que la he visto a usted me ha extrañado en memente que una muchacha joven y bonita mo usted...

PARROQUIANA.—Muchas gracias.

PARROQUIANO. — No es mi ánimo mo tarla... pero, vamos... que no acierto a explic me cómo ha podido usted hacer caso a un ho bre ya tan...

PARROQUIANA. — (*Sonriente*) ¿Tan vie

PARROQUIANO.—(*Bromeando*). ¡Y tan fe si no es ofensa!

PARROQUIANA.—Pues ya ve usted, cosas la vida, que tiene sus ocurrencias. Ahora que jovencita... (*Recalcando la palabra jovenci*) que a usted le acompaña tampoco es un bie lote.

PARROQUIANO.—(*Con cierta vergüenza*). Es mi patrona. Y la verdad... como hay meses no se puede pagar... y ella los olvida...

PARROQUIANA.—Hay que transigir.

PARROQUIANO.—Hay que... ¡Hay que lo bonita que es usted!

PARROQUIANA.—¡Que puede llegar su ama!

PARROQUIANO.—Le aseguro a usted que no tengo ya ningún deseo de que venga. Si usted supiera una cosa...

PARROQUIANA.—¿El qué?

PARROQUIANO. — Se la tendría que decir muy bajito... y estamos muy separados. Si me deja usted que me siente a su lado...

PARROQUIANA.—¿Tendría usted valor?

PARROQUIANO. — ¡Y para no moverme de

nto a usted, viniera quien viniera! ¡Es usted muchacha más bonita que he visto en mi da!

PARROQUIANA.—Se le agradece la galante-. Y, con su permiso, yo ya no espero más. *dispone para irse*).

PARROQUIANO.—Ni yo. ¡Pero yo ni hoy ni nca!

PARROQUIANA.—En eso puede que coincimos.

PARROQUIANO.—Y a lo mejor coincidimos nbién en el camino que vamos a llevar ahora.

PARROQUIANA.—¿Usted para dónde va?

PARROQUIANO. — ¿Yo? ¡Para donde vaya ed!

PARROQUIANA.—¡Guasón!

PARROQUIANO. — ¿De verdad me permite ed que la acompañe?

PARROQUIANA.—No tenemos confianza patanto.

PARROQUIANO.—Nos la podemos ir tomanpor el camino. (*Saca dinero para pagar y llaal camarero*). ¡Déjeme usted que la invite! guna vez me tenía que llegar la hora de senne caballero!

PARROQUIANA.—Muchas gracias.

PARROQUIANO. —¡Hipólito!... ¡Hipólito!... ónde estará este animal?

HIPOLITO.—(*Por el foro izquierda*). ¿Se va ed sin esperar?

PARROQUIANO. — ¡Y no la esperaré más! enteras?

HIPOLITO.—¡Bueno!

PARROQUIANO. — Cobra lo de la señorit también.

HIPOLITO. — (*Asombradísimo*). ¿Lo de... ¿Pero la señorita tampoco espera?

PARROQUIANA.—No.

PARROQUIANO.—¡Y no esperará tampoc más! ¿Te enteras?

HIPOLITO.—Bueno, bueno...

PARROQUIANO.—¿Vamos, preciosa?

PARROQUIANA.—¡Esto sí que ha sido un ocurrencia!

PARROQUIANO. — ¡Esto es la vida! (*Muti riéndose a carcajadas Parroquiana y Parro quiano*).

HIPOLITO. — Esto... esto es la primera ve que me ocurre. Verdaderamente cada día qu pasa se aprende algo nuevo... ¡Que he perdid dos parroquianos!

ESCENA 2.ª

Luisa e Hipólito.

LUISA.—(*Entrando por la izquierda*). ¡Ay qu emoción, qué sensación, qué sofocón, qué atu didez... ¡Ay qué emoción..., ay qué emoción...

HIPOLITO.—¡Pero, señorita Luisa!... ¿Qué pasa a usted?

LUISA.—¡¡Qué me va a pasar!... ¡Que me e tán pidiendo!

HIPOLITO.—¿El qué?

LUISA. — ¡Qué me van a pedir, zoquete! ¡Mi mano!... Lo mismo que tú se la pedirías tu mujer para casarte.

HIPOLITO.—Cuando yo me casé con la

cia no tenía por qué pedirla náa, porque ya había dao to lo que le era posible. Teníamos hijos.

UISA.—¡Qué atrocidad!

IPOLITO.—Y le advierto a usted que si yo iese sido un poco espabilao, que no me caso ella.

UISA.—¡Caray! ¿Tan mala es para ti?

IPOLITO.—No es que sea mala, ni muchísimenos; pero que aquello de darme dos geos antes de casarme, me debió escamar..., y hubiera dao lugar a tener después otros dos ıelos y a tenerme ahora con el alma en un , porque ya está otra vez...

UISA.—¡Ah!... ¿Sí?

IPOLITO.—¡Y para de un momento a otro!... que ya verá usted cómo también son otros críos! ¡Que no sabe más que soltar geme-

UISA. — ¡Caracoles!... Pero eso no es una ora... en una bisutería.

IPOLITO.—¡Ríase, ríase, que a lo mejor a ed le pasa lo mismo!

UISA.—¡Animal!... ¡A mí qué me va a paeso!

IPOLITO.—(*Señalando hacia la izquierda*). padre! (*Por la izquierda entran Desiderio y perto. Hipólito hace mutis por el foro*).

ESCENA 3.ª

Luisa, Desiderio y Ruperto.

UPERTO.—Esté usted seguro de que sabré erla feliz.

DESIDERIO.—Eso sí que de verdad te lo e timaré, hijo.

RUPERTO.—Ya puede usted estar seguro. F un vuelo voy por mi padre y aquí nos tiene e seguida para la ceremonia oficial.

DESIDERIO. — Tendremos mucho gusto conocerle personalmente. ¿Verdad Luisa?

LUISA.—Muchísimo, padre.

RUPERTO.—Tendrán que disculparle su n tural rudeza, porque el hombre, en sacándo de su negocio de las carnes...

DESIDERIO.—¡No faltaba más!

LUISA.—No te preocupes. Para nosotros tu padre... y un padre siempre es un padr por ordinario que sea.

DESIDERIO.—¡Luisa!

LUISA.—¡Ay, perdóname, que no sé lo qu digo, ni lo que oigo, ni lo que veo!... ¡Y de emoción!

RUPERTO.—En un vuelo estamos aquí. Ha ta ahora.

DESIDERIO.—Adiós, Ruperto.

RUPERTO.—¡Adiós, chiquilla!

LUISA.—¡Adiós, pedigüeño! (*Mutis Ruper por la derecha*).

DESIDERIO.—Es un buen muchacho, Rupe to. Me gusta.

LUISA.—¡Anda!... ¡Pues lo que es a mí!...

DESIDERIO.—¡Niña!

LUISA.—¿Pero por qué pones esa cara? Si ti te gusta. ¿Qué de particular tiene que a mí me guste más, cuando va a ser mi marido?

DESIDERIO.—¡Que te guste, no; pero que lo digas a tu padre es una falta de respeto!

UISA.—(*Mirando hacia la derecha.*) ¡Atiza!
)ESIDERIO.—¿Qué es eso de atiza?
UISA.—¡Si es que mira quién viene!

ESCENA 4.ª

Luisa, Desiderio y Luis.

Por la derecha entra Luis, muchacho joven, iaz y alegre. Trae una maleta).
UIS.—¡Felices, respetable familia!
ESIDERIO.—¡Pero, chico!... ¿Cómo tú por í?
UIS.—¡Querida prima!
UISA.—¿Qué hay, querido tarambana?
UIS. — Un permiso extraordinario que he seguido en la Academia; por eso vengo de sano. Me he traído también el uniforme de eo, porque hay que repasarle un poquito, y io yo sé la habilidad y la gentileza de mi rida prima...
UISA.—¡Valiente cobista estás hecho!
ESIDERIO.—Pues no sabes lo que celebro hayas venido... ¡Hoy es día de grandes ntecimientos!
UIS.—¡Caracoles!... ¿Qué ocurre?
ESIDERIO.—Que hoy es la ceremonia ofi- de la petición de Luisita.
UISA.—¡Ya ves!... ¡Las cosas!...
UIS.—¡Hombre!... ¡Mi enhorabuena!... ¡Ya hora de que se decidiera ese pelmazo!
ESIDERIO.—Oye: ¿Y no vas a poner en or- las cuentas como siempre?
JIS.—¡Ah, eso sí, querido tío! ¡No faltaba ! En un vuelo le pongo en orden la contabi-

lidad, le despacho el correo y le hago cuan haya que hacer. Ya sabe usted que soy muy r pido.

DESIDERIO.—¡Eres un torbellino! ¡Pero h no me faltes a comer!

LUIS.—Descuide.

DESIDERIO. — Mira que Luisita se llevar un disgusto.

LUISA.—Como no vengas no te repaso el un forme.

DESIDERIO.—Confío en tu palabra. (*Mu por la izquierda, Luisa y Desiderio*).

LUIS. — Ya puede usted estar seguro .. ¡Y puede usted estar seguro de que no vengo! ¡E seguida iba a dejar yo un almuerzo con la b llísima Niní!...

ESCENA 5.ª

Hipólito y Luis.

HIPOLITO.—(*Entrando foro izquierda*). ¿Q hay, señorito Luis? ¿Otra vueltecita por los m driles?

LUIS.—Sí; pero muy breve y con muchísim cosas que hacer. Voy a despachar al tío sus as tos. ¿Está Faustino en el mostrador?

HIPOLITO.—Sí, señorito; como siempre.

LUIS.—¡Pues vamos al trabajo... y luego al Paraíso!

HIPOLITO.—¿Al paraíso de algún teatro?

LUIS.—¡Al paraíso de Niní!... ¡Ya lo sab algún día! (*Mutis foro izquierda*).

ESCENA 6.ª

Vicenta e Hipólito.

IPOLITO.—Este paraíso me huele a faldas.
CENTA.—(*Una muchachita muy joven que a corriendo por la derecha*). ¡Señor Hipóli- . ¡Señor Hipólito!
IPOLITO.—¿Qué ocurre?...
CENTA.—¡Su mujer, que!...
POLITO.—¿Que ya?
CENTA.—¡Ya!
IPOLITO.—¿Y?...
CENTA.—¡Y muy bien!
IPOLITO.—¿Pero?...
CENTA.—¡Pero muy bien!
POLITO.—Si digo... pero, ¿cuántos?
CENTA.—¡Cuántos van a ser!... ¡Un niño hermoso!
POLITO.—Pero..., ¿sólo?
CENTA.—¡Claro que sólo!... ¿O es que us- lo quería con Seltz?
POLITO.—¡Vicenta no seas ceporro!... Que o ya son dos las veces que mi señora me ha o los niños por parejas, no me puedo hacer idea de que se haya enmendao y me los e ahora de uno en uno, como es lo usual y ecente.
CENTA.—Pues sí señor, esta vez no ha te- más que un niño, y ya le digo que muy her- o.
POLITO.—¡Estoy que me va a dar algo de egría!... ¡Uno sólo!
CENTA.—Pues si no manda usted alguna ...

HIPOLITO.—Nada, hija. Muchísimas grac por la noticia... y que enseguida iré. ¿La Ven cia está bien?

VICENTA.—"Manificamente", y el crío igu

HIPOLITO.—Pues repito las gracias, hija.

VICENTA.—¡Y yo a usted la enhorabuena

HIPOLITO.—Se te agradece.

VICENTA.—¡Hasta lueguito! (*Mutis por la recha*).

HIPOLITO.—¡Adiós, guapísima!... Esto ya otra cosa... ¡Uno sólo!... ¡Y hermosísimo!... C ro, si no hay quinto malo.

ESCENA 7.ª

Hipólito y Luis.

LUIS.—(*Entrando por el foro izquierda*). hecatombe... la panocha... el desiderátum... delirium tremens!

HIPOLITO.—¡Caray, don Luis!... ¿Qué pas

LUIS.—¡Pobre tío Desiderio!

HIPOLITO.—¿Qué le ocurre?

LUIS.—¡Que dentro de pocas horas se va ver en la miseria!

HIPOLITO.—¡Amos, ande!... ¡Pues no se na dinero ni ná en el café!

LUIS.—Si se gana; pero como él no p de todos estos beneficios más que una parte, sí que era buena, pero que dentro de muy p se la van a quitar ...

HIPOLITO.—¡Usté está de chufla!

LUIS.—¡Sí, chufla!... ¿Tú ves todo este sente de color de rosa?... Pues dentro de hora, quizás de minutos, no será más que

engue en la inmensidad del Océano Pacífi-
. ¿Tú te haces cargo de lo que tardaría en di-
un merengue el Océano Pacífico?
IPOLITO.—Hombre... por pacífico que sea
Océano, me figuro que en menos de un se-
lo se diluyiría el merengue.
UIS.—¡Pues eso va a ocurrir con la fortuna
ni tío Desiderio, en cuanto su hermano lle-
a Madrid, que según le anuncia en esta car-
erá en el día de hoy!... ¡Es la catástrofe, la
a, la tragedia! ¡Yo no tengo valor para dar-
ta noticia!... ¡Y que me espera Niní!... To-
(*Le da la carta*). Llama a mi tío, entrégase-
i... y si pregunta por mí, que no me espe-
que yo soy muy sensible y no estoy para im-
iones tan fuertes... ¡Prefiero hundirme a ol-
r, en los brazos de la hermosa Niní! ¡Hasta
sta, Hipólito! (*Mutis por la derecha*).
POLITO.—¡Valiente raspa!... ¡Y me deja a
on el encarguito!... Que si el Océano, que si
erengue... En fin, allá ellos. (*Llamando.*)
Desiderio!... ¡Don Desiderio!... Yo, des-
de todo, como soy un mandao...

ESCENA 8.ª

Desiderio e Hipólito. Después Luisa.

SIDERIO.—(*Por la izquierda*). ¿Qué ocu-

POLITO.—Esta carta que me ha dado para
su sobrino Luis, diciéndome que él no po-
sperarse, que tenía mucha prisa, que no
ía a comer, que si las emociones fuertes...
l merengue en el Océano...
SIDERIO. — (*Que ha leído la carta entre*

tanto). ¡Aaah!... ¡El caos... la ruina... la de peración!... (*Medio se desvanece*).

HIPOLITO.—¡Don Desiderio!... ¿Qué le sa?... ¡Ay que me se muere este hombre!... (*mando*). ¡Señorita Luisa! ¡Señorita Luisa ¡Don Desiderio, vuelva usted en sí!... ¡Yo le una taza de café!...

DESIDERIO.—(*Recobrándose un poco*). que esta partida ha salido muy mala. Déjalo

LUISA.—(*Por la izquierda*). ¿Pero qué su de?... ¡Papá!... ¿Qué te pasa?

DESIDERIO.—(*A Hipólito*). Vete al otro lón.

HIPOLITO.—(*Aparte*). ¡Pues que va a ser v dad lo del merengue! (*Mutis foro izquierda*).

ESCENA 9.ª

Luisa y Desiderio.

LUISA.—¡Habla ,papá, que me tienes en v ¿Qué es ello?

DESIDERIO.—¡Mi hermano Nicomedes me escribe desde Marsella, donde ha desembar cado, que hoy llega a Madrid.

LUISA.—¿Y qué?

DESIDERIO.—¡Que con el genio que tiene a enterarse de que le he engañado, me exigirá u le devuelva todo lo que es suyo... y es la ru para nosotros!

LUISA.—¡Si ya te he dicho muchas veces u debíamos decirle la verdad!

DESIDERIO.—Como yo no creí nunca u volvería a España... además que era imposible ¡Tú no sabes el carácter que tiene mi hermano

Cuando me casé le escribí dándole cuenta mi boda, y por todo regalo me mandó una ta, sin sello, en que me decía: "Te creía idio- pero no hasta ese punto. Para mí todo el hom- que se casa es un primo, y como tú has de- o con esto de ser mi hermano para pasar a un primo más, no vuelvas a acordarte ni del to de mi nombre. Unicamente si tu esposa da iz un varón, podrás contar conmigo".

UISA. — ¿Y a qué era debida esa estúpida ferencia por el sexo masculino?

ESIDERIO.—No puedo explicármelo. El ca- es que tu madre, yo no sé si por llevarme la traria una vez más, o por lo que fuera, a po- le esta carta me obsequió con tu persona.

UISA.—Y a ti se te ocurrió escribirle a tu mano diciéndole que habías tenido un ni-

ESIDERIO.—Había que seguir la farsa, y mandó dinero para tomar este café...

UISA.—Pero poniéndolo a su nombre.

ESIDERIO.—Y raro es el correo que no te mandado un regalo desde que naciste.

UISA.—Sí, es verdad. ¡Pero todos de hom-

ESIDERIO.—Lo que él te cree.

UISA.—¡Petacas, carteras, bastones, nava- y máquinas de afeitar, cajas de tabacos, bo- de montar!...

ESIDERIO.—¡Y el ofrecimiento de treinta duros para el día que te cases!...

JISA.—¡Pues llega a tiempo para dármelos onalmente!

ESIDERIO. — ¡Enseguida! En cuanto él

compruebe que le hemos engañado nos dej en medio de la calle.

LUISA.—¿Pero hasta ese punto va a lle su crueldad?

DESIDERIO. — Sin duda de ningún géne ¡Es implacable!

LUISA.—Pues mira, papá, que haga lo quiera. Como dentro de dos meses yo me c con Ruperto.

DESIDERIO.—¡Sí, sí, te vas a casar!...

LUISA.—¿Que no me caso, padre?

DESIDERIO.—¡Que no te casas, hija! ¡E es otra de las cosas que también se te derru ban!

LUISA.—¡Papá, no me asustes!

DESIDERIO. — ¡Seguro! Con lo interesa que es el padre de Ruperto, en cuanto se tere que volaron los treinta mil duros sale volando con el niño.

LUISA.—¡Ay, padre, que eso ya son cos mayores!!... ¿Y no habría medio de evitar e tragedia?

DESIDERIO.—A mí no se me ocurre.

LUISA.—¡Piensa algo!

DESIDERIO.—¡Que ya!...

LUISA.—Que ya... ¿Qué?

DESIDERIO.—¡Que ya se me ha ocurrido go maravilloso!... ¡Estamos salvados!

LUISA.—¿De verdad, padre?

DESIDERIO.—Fíjate: Como en la carta dice que sólo va a pasar con nosotros un pues inmediatamente tiene que salir para celona, a arreglar unos negocios, y desde vuelve a embarcar para América, pues por

) día, muy bien puede pasar tu primo Luis mi hijo.

UISA. — ¡Mágnífico!... ¡Soberbio!... ¡Colo-... ¡Eres un talento!

ESIDERIO. — Ahora mismo llamamos a s... (*Llamando*). ¡Luis! ¡Luis!...

ESCENA 10.ª

Dichos e Hipólito.

IPOLITO.—(*Entrando por el foro izquier-* El señorito Luis se marchó, dejándome a esa carta... Ya se lo dije a usted.

ESIDERIO. — ¡Es verdad!... Si ni oigo ni endo...

UISA.—Pero vendrá a comer.

ESIDERIO.—Seguro.

IPOLITO.—Seguro que no viene.

ESIDERIO.—¿Tú que sabes?

IPOLITO.—Yo no sé más que lo que él me : que se iba a almorzar con una tal Niní.

ESIDERIO.—¡Ah!...

JISA.—¡Qué espanto!

ESIDERIO.—¡La desesperación!

JISA.—¡La hecatombe!

ESIDERIO.—¡La ruina! ¡Ya sí que no hay ación!

JISA.—¡Espera, papá, espera!... ¡Todavía una!

ESIDERIO.—¿Cuál?

ISA.—Tú le dijiste a tu hermano que te-un hijo. Pues bien... ¡lo tienes!

SIDERIO.—¿Dónde?

ISA.—¡Aquí!... ¡Yo soy!

DESIDERIO.—¡Pero, Luisa!...

LUISA. — ¡No me llamo Luisa! Soy tu hi Luis, y en el momento que sea necesario r presentaré con todo el porte varonil que ha falta.

DESIDERIO. — ¿Pero te vas a vestir tú hombre?

HIPOLITO.—(*Aparte*). ¡Anda mi madre!

LUISA. — No te preocupes. Se trata sólo unas horas... y tengo el equipaje de mi prim

DESIDERIO.—¿Pero vas tú a tener valor?

LUISA. — ¡Yo tengo valor para todo men para quedarme soltera! Y no hablemos má ¿Te hace falta un hijo? ¡Pues lo tendrás! (*Mutis por la izquierda, llevándose la malei que trajo Luis*).

DESIDERIO.—Anda, mujer.

HIPOLITO. — (*Aparte.*) ¡Yo estoy hecho u taco!

DESIDERIO.—¿Te has enterado, Hipólito?

HIPOLITO.—A medias.

DESIDERIO.—Pues mira: por razones mu poderosas—y que te explicaré algún día—pa todo el mundo yo no tengo más que un hijo, qu se llama Luis... ¡Pero para todo el mundo!

HIPOLITO.—¿Para el señorito Ruperto tan bién?

DESIDERIO.—¡Para todo el mundo! ¿Te e teras?

HIPOLITO.—¡Sí señor, sí!

DESIDERIO.—Pues haz el favor de decírse a los compañeros. Mucha violencia me cues pero en la vida hay cosas...

HIPOLITO.—(*Aparte, y mientras se dirige*

izquierda.) Hay cosas que yo no sé cómo s va a ocultar la señorita Luisa en un tra- hombre. (*Mutis.*)

ESCENA 11.

Rosario y Desiderio. Al final Hipólito.

SIDERIO.—¡Qué se le va a hacer!... A des males, grandes remedios!

SARIO.—(*Entrando por la derecha.*) Muy os días, Desiderio.

SIDERIO.—¡Caray, Rosario!... ¿Cómo es-

SARIO.—Muy bien... ¿Y vosotros?

SIDERIO.—Ahí vamos. ¿Sabes que tu hi- tá en Madrid?

SARIO.—¿Qué ha venido Luis y no me ha nada?

SIDERIO.—Por lo visto es que viene con a misión importante, porque aquí no ha más que llegar y salir a escape.

SARIO.—¡Qué ingrato!

SIDERIO.—A lo mejor piensa ir por tu

SARIO.—También es verdad. Me voy co- lo, no vaya a ir y no me encuentre.

SIDERIO.—Anda con Dios.

SARIO.—El caso es que venía a que me es un favor.

SIDERIO.—¿Un favor?

SARIO.—Vas a decir que abusó.

SIDERIO.—¡Qué tonterías, Rosario! Aun- o fuera más que por el cariño que te te- i mujer—que Dios haya perdonao—que

me creo que no—que siempre estaba con prima Rosario a vueltas, ya sabes que pue disponer de mí para lo que sea. Lo único siento es que por las especialísimas condicio en que me encuentro, no pueda pasarte cantidad mayor todos los meses.

ROSARIO.—¡Vamos, no me hables! Con le estás costeando la carrera militar a mi h me pasas a mí una pensión ¡y todavía te par poco!... ¡Qué bueno eres!

DESIDERIO.—Todos los Rodríguez lo som Es decir, todos no; porque tu marido tamb se apellida Rodríguez ¡y hay que ver qué R drígnez ha salido! ¿No le has vuelto a ver?

ROSARIO.—¡Desde que me abandonó! Ah ra creo que va diciendo a todo el mundo q me he muerto, para disculpar de algún modo vida de crápula que está llevando... ¡Es un lo

DESIDERIO.—¡Caray con los locos, que les da más que por fastidiarnos a los cuerd

ROSARIO.—¿Y no querrá Dios que se corr algún día?

DESIDERIO.—Déjate de pensar más en hombre, y dime que es lo qué quieres.

ROSARIO.—Que hicieras el favor de adel tarme cincuenta pesetas.

DESIDERIO.—¿Y ese era el favor? ¡Ana anda!... Toma ien y no hablemos más.

ROSARIO.—¡Qué bueno eres!

DESIDERIO.—¡Que te las quito!

ROSARIO.—Muchísimas gracias. Y me y no vaya a estar allí Luisito.

DESIDERIO.—Anda, mujer, anda.

ROSARIO.—¡Hasta la vista, Desiderio!

ESIDERIO.—¡Anda con Dios!
OSARIO.—¡Y muchos besos a Luisita! (*Mu-*
or la derecha.) .
ESIDERIO.—¡Gracias!
IPOLITO.—(*Entrando por el foro izquierda.*)
están todos en el secreto.
ESIDERIO.—Muy bien, Hipólito, muy bien.
rte mientras se dirige a la izquierda.) ¡Un
eto que tiene que guardarse entre veintitan-
. milagro será que pueda guardarse! (*Mutis.*)

ESCENA 12.

Vicenta e Hipólito

IPOLITO.—Que hoy es el día de las nove-
es. Mi mujer que da a luz un hijo suelto, la
rita Luisa que va a pasar por hombre y...
CENTA.—(*Entrando por la derecha.*) ¡Se-
Hipólito!... ¡Señor Hipólito! ..
POLITO.—¿Qué hay?... ¿Se ha puesto mala
enancia?
CENTA.—No, señor, nada de eso... Sigue
ísima. ¡Si lo que vengo a traerle es la gran
cia!
POLITO.—¿Qué es ella?
CENTA.—¡Que a poco del primer niño... ha
do otro!
POLITO.—¡Ah!... ¡Ah!... ¡Animal!... ¿Y a
a llamas tú la gran noticia?
CENTA.—¡Anda!... Con lo que yo creí que
a usted a alegrar!
POLITO.—¡Lo que voy es a tirarte al Metro!
CENTA.—¡Pero no se ponga usted así!...
on dos alhajas!

HIPOLITO.—¡Pues que las empeñen... a
diendo en el lote a su madre!

VICENTA.—¡Uy, como está este hombre
Usted disimule, pero una...

HIPOLITO.—¡Déjeme en paz!

VICENTA.—¡Ay hijo, pues hasta otra!...
que le pase a usted el berrinche! (*Mutis por derecha.*)

HIPOLITO.—¡Que no tengo hechura!...
mos, que no la tiene mi mujer. ¡Me va a es
soltando gemelos... hasta que me los eche
teatro!

ESCENA 13.

Hipólito y Olegario.

OLEGARIO.—(*Entrando por la derecha: t
de carnicero ordinario. Va alhajado ostento
mente y viste un chaquet que le cae como
tiro.*) Buenos días.

HIPOLITO.—¿Café, caballero?

OLEGARIO.—Se estima, pero lo tomé u
vez y no repito. Lo tomaremos de éste. (*Se re
re a un paquetito de café que él trae.*)

HIPOLITO.—Pues usté dirá.

OLEGARIO.—De momento no deseo más
haga el favor de avisar a don Desiderio
drígnez, diciendo que está aquí el padre de
perto.

HIPOLITO.—(*Aparte.*) ¡Arrea! ¿Y qué h
yo aquí?

OLEGARIO.—¿No me ha entendido?

HIPOLITO.—Sí, señor. (*Aparte.*) ¡Y si la vi
a pedir y se la encuentra vestida de hombre!

OLEGARIO.—¿Pero qué habla usté?
HIPOLITO.—No, nada, cosas mías... ¿De par-
de quién dice usté?
OLEGARIO.—De parte del padre de Ruper-
el novio de la hija de don Desiderio.
HIPOLITO.—Me parece que viene usté equi-
cao, caballero. Don Desiderio no tiene más
e un hijo.
OLEGARIO.—Lo que no tiene es más que una
a.
HIPOLITO.—Usté perdone, que es hijo.
OLEGARIO.—¡Pero, leñe, si está en relacio-
s con mi hijo! ¿O es que cree usted que mi
stago va a entretenerse en contubernios inde-
rosos?
HIPOLITO.—¡A mí no me dé usté voces!...
n Desiderio no tiene más que un hijo.
OLEGARIO. — Usté avísele y no se meta en
is.
HIPOLITO.—(*Aparte, mientras se dirige a la
uierda*). ¡Después de los gemelos... meterme
ora en este lío! (*Mutis*).
OLEGARIO.—Este camarero, o es idiota o es
evo en la casa. Porque, vamos... ¡mi hijo es
hombre! A mí me parece que no se me ha
vidao na de lo que me ha enseñao el chico.
ro de todos modos, cuando venga Ruperto,
una vez que hayamos comido, ya se me ocu-
irán cosas. Yo no sé si les molestará que trai-
el café de casa, porque no paece lo más in-
cao venirse al café con café. Pero ¡recarnero!
a vez que lo tomé aquí estuve cuatro o cinco
as si las lío o no las lío. (*Entran por la izquier-*

da Hipólito, Desiderio y Luisa, vestida de c dete de infantería).

ESCENA 14

Dichos. Luisa y Desiderio.

HIPOLITO.—(*En la puerta. Aparte a don D siderio y Luisa*). Ahí lo tienen ustedes. El pad del señorito Ruperto.

LUISA.—¡Su madre

HIPOLITO.—Su padre. (*Rectificando*).

DESIDERIO. — ¡Recaracolillo! ¡No contab yo con el carnicero! ¡Y que viene de primera co munión! (*Se acercan a don Olegario. Hipólit hace mutis por el foro izquierda*).

OLEGARIO.—Buenas tardes. (*Poniéndose e pie*).

DESIDERIO.—Felices.

LUISA.—(*Aparte a su padre*). Veremos lo qu sale.

DESIDERIO.—(*Aparte a su hija*). Confía e mi desfachatez. (*Se sientan*).

OLEGARIO.—(*En vista de que no le dicen nd da*). ¿Me podré sentar? (*Un poco molesto*).

LUISA.—Haga usted la prueba. Ahora, qu a mí me parece que no. (*Pausa*).

DESIDERIO.—Pues, usted dirá, caballero.

OLEGARIO.—Hombre, yo venía a comer.

LUISA.—¡Anda, es verdad!

DESIDERIO. — ¡Pobre hombre! ¿A comer Pues pida usted la lista. El plato del día es vac a la cordobesa.

OLEGARIO. — Por lo visto, usted no sab quién soy yo.

ESIDERIO.—No, señor.
LEGARIO.—Pues yo soy Olegario García; o tos me dicen Ole.
ESIDERIO.—Les hará usted gracia.
LEGARIO.—(*Aparte*). Me choca. (*Alto*). Pa- de Ruperto.
ESIDERIO.—¿De quién?
LEGARIO.—De Ru-per-to.
ESIDERIO.—Pero, ¿de qué Ru-per-to?
LEGARIO.—¿Que de qué Ruperto? ¡Rechu- ' De Ruperto García; que esto ya es mucho er.
ESIDERIO.—Lo mismo digo.
LEGARIO.—Pero, ¿es que no les ha dicho a s el chico que vendría hoy?
ESIDERIO.—¿Quién?
LEGARIO.—Su padre.
ESIDERIO.—¿Y quién es su padre?
LEGARIO.—¡Y vuelta! ¡Yo!
ESIDERIO.—Bueno, ¿y quién es el chico? *uisa*). Le estamos volviendo loco.
LEGARIO.—Le advierto a usté que aunque vea así vestido, yo soy un hombre muy se- Yo vengo aquí a pedirle la mano de su hija a para mi hijo Ruperto. Y ahora usté me la o no me la da, y hemos acabao, que a mí las las no me hacen gracia ni en el teatro.
ESIDERIO.—Usted viene equivocado.
LEGARIO.—¡Yo! ¿Por qué?
ESIDERIO.—Porque da la casualidad que o tengo ninguna hija. (*Aparte*). Se muere.
LEGARIO.—¡Recarnero! ¿Qué dice usted?
ESIDERIO.—Que yo no tengo más hijo que cadete de infantería.

OLEGARIO.—Entonces, ¿cómo demonios quiere casar Ruperto con un cadete?

DESIDERIO.—Eso digo yo. La verdad; no explico...

OLEGARIO. — (*De pronto*). ¡Maldita sea carne congelá! ¡Ya está! ¡Esto es una cana de ese ladrón!

LUISA.—(*Aparte*). ¡Pobre Ruperto!

OLEGARIO.—¿Y me ha hecho vestirme pa esto?

LUISA.—Sí que hace falta humor.

DESIDERIO.—Yo siento que se haya us disfrazao... Si le molesta el cuello puede q társelo... Pero ya comprenderá usted que u chica no se improvisa así como así. Necesita tiempo, como todo.

OLEGARIO.—Calle usté, hombre; si me e bien empleao.

DESIDERIO.—(*Aparte*). Menos mal que se signa.

OLEGARIO. — Si he debido de figurárm ¡Si es un golfo, sinvergüenza, borracho, jugad mujeriego!...

LUISA.—¡Demonio!

DESIDERIO.—¡Su madre!

OLEGARIO.—Su madre, murió... la pobr fuerza de disgustos. No tié condición buena.

LUISA.—(*Aparte*). Me alegro saberlo.

OLEGARIO.—Ande caiga, la langosta.

LUISA.—Ya, ya; nos hacía usted un obseq

OLEGARIO.—Cuando me vino con el cu fantástico de su boda, me dije: ¡Pobre má no durará ni ocho días!

LUISA.—(*Aparte*). ¡Resable! Si no me agarro, ntro de una semana fiambre.

DESIDERIO.—Pues es el tifus el angelito.

OLEGARIO.—¡Tenía unas ganas de largárselo cualquiera, pa quedarme tranquilo!...

DESIDERIO.—Pues me da el corazón que se queda a usted para vestir santos.

LUISA.—Y con la propaganda que le hace...

OLEGARIO.—Ya está tóo explicao. ¡Bruto de !! Esto lo ha hecho pa sacarme las dos mil pe- as, con el pretexto de la pulsera esa con que den las novias. ¡Y no haber caído yo en el ti- o! ¡Si no pué ver al sexo femenino más que pa chirigoteo!

LUISA.—¡Renoca con el jovencito!

OLEGARIO.—Si pa él, el mundo femenil es a carnicería.

LUISA.—¿Por qué?

OLEGARIO.—Porque dice que hay las mismas ses de carnes que de mujeres: una rubia fini- dice que es carne de babilla; una morena esa, de solomillo; una mujer buena y fea, rne de ternera que sabe bien, pero que no ali- nta; una de esas muchachas honrrás y de su sa, carne de morcillo que no sirve más que pa cocido, y una de esas señoras nocturnas, dice e no es carne, que eso es un hueso.

DESIDERIO.—En resumen, que para él no hay nguna buena.

OLEGARIO.—Y ahora que estamos entre hom- es se pué decir; y no va descaminao.

LUISA.—¿Y a la supuesta hija del cafetero, qué clase la había clasificado?

OLEGARIO.—Calle usté, militar... (*Rompien-*

do a reír). ¡Ni sé cómo me río! Ahora, que muy ladrón tié gracia algunas veces.

LUISA.—¿Sí?

OLEGARIO.—De esa dice... (*Ríe*). Se van u tés a reír.

DESIDERIO.—¡A que no!

OLEGARIO.—De esa dice que es una chule de cordero empaná.

LUISA.—¡Qué rico!

DESIDERIO.—¿Y eso por qué?

OLEGARIO. — Porque las chuletas empaná engañan. A primera vista parece que hay mu cha carne, pero se la hinca el diente y tóo es hue so y pan rallao. ¿Tié gracia, eh?

DESIDERIO.—Mucha gracia.

OLEGARIO. — Pues ustés disimulen por l molestia.

LUISA.—Usted es el que se ha molestado, po niéndose eso.

OLEGARIO.—Me quedo un poco, por si tié tupé de venir. (*Hipólito entra por el foro y pe manece en el fondo*).

DESIDERIO.—Está usted en su casa.

OLEGARIO. — ¿Está cerca la casa de soc rro?

DESIDERIO.—Un paso.

OLEGARIO.—Lo que se rompa yo lo pagar

DESIDERIO. — (*Aparte*). Anda vámonos, t antes de que venga Ruperto; porque a ése, ¿c qué cara le digo yo que no le conozco?

LUISA.—(*Aparte a su padre*). No te preoc pes. Si en cuanto le coja el carnicero no le a conocer nadie.

DESIDERIO.—(*Aparte a Luisa*). Bueno, v

nos, para que dialoguen ellos primero, y así nos lugar a que el padre le quite facultades.
LUISA.—Beso a usted la mano.
OLEGARIO.—Me adhiero a las frases del me-r.
DESIDERIO.—¡Qué animal!
LUISA.—(*Aparte*). Ese me paga a mí lo de chuleta.
DESIDERIO.—¡Pero oye tú, so descarada!... que el niño del carnicero te ha hincao el nte hasta cerciorarse dónde tienes el hueso?
LUISA.—¡Déjame en paz! (*Mutis por la izerda*).
DESIDERIO.—¡Ay, que yo le doy una chule-a esta chuleta! (*Mutis tras ella*).

ESCENA 15

Hipólito, Olegario y Ruperto.

OLEGARIO.—(*Sentado ante una mesa, mira a la puerta*) ¡Releñe!... ¡Si está aquí el hom-!
RUPERTO.—Hola, Hipólito. (*Entrando por la echa*). Hola padre, ¿qué?...
OLEGARIO.—(*Enérgico*). Siéntate y contesta. enes de comprar la pulsera de pedida?
RUPERTO.—Claro.
OLEGARIO.—(*Soberbio*). ¡A verla!
RUPERTO.—Aquí está. (*Se la enseña*). ¿Pero, qué me lo pregunta de esa forma?
OLEGARIO.—Qué sé yo... (*Aparte*). ¡Rechu-que esto sí que me choca!...
RUPERTO.—¿Pasa algo, padre?... ¿Ha hablao d ya con don Desiderio?

OLEGARIO.—¿Con el dueño de este café?

RUPERTO.—Claro, con el padre de mi novia

OLEGARIO.—¿Y tu novia es la hija del due ño de este café?

RUPERTO.—Naturalmente. Su único vástago

OLEGARIO.—¿Y al vástago ése le vas a da tú la pulsera de pedida?

RUPERTO.—¡Y yo mismo se la pienso pone en su preciosa muñeca!

OLEGARIO.—¿Que se la piensas poner tú?

RUPERTO.—¡Y ole!... ¡Y además darle tre besos!

OLEGARIO.—(*En fiera*). ¡A que no!

RUPERTO.—¿Eeeh?

OLEGARIO.—¡A que no!

RUPERTO. — (*Extrañadísimo*). ¡Pero, padre

OLEGARIO.—¡A que no le das tres besos!

RUPERTO.—¿Pero, por qué?

OLEGARIO.—¡Porque si le das tres besos a un cadete de infantería te abro en canal!

RUPERTO.—¿Pero se ha vuelto usted loco o qué explicación tiene ese exabrupto?

OLEGARIO.—¡A mí no me hables con pala bras difíciles! Don Desiderio, el dueño de este café, no tiene más que un hijo... ¡y es cadete de infantería!

RUPERTO.—¿Pero es que ha bebido usted padre?

OLEGARIO. — ¡Esta canallá te cuesta tre meses de cama!

RUPERTO.—¿Pero qué canallada?

OLEGARIO.—¡Que a ti no te conoce en este café ni el cerillero!

JPERTO. — Pero ¿qué dice usted?... ¡Va-
! ¡Hipólito!
POLITO. — (*Aparte*). Como si cantaras el
ı y ven".
JPERTO.—¡Hipólito!
EGARIO. — Pué que se llame Anastasio.
a *las palmas*).
POLITO.—Servidor. ¡Va! (*Aparte*). Ahora
s. ¿Café?
PERTO.—Oye...
POLITO.—Usté dirá, caballero.
PERTO. — Dí a don Desiderio que salga
guida.
POLITO.—¿De parte de quién?
EGARIO.—Se ve que eres conocido.
PERTO.—¿Cómo de parte de quién?... Va-
anda, no me marees, que no estoy para bro-
POLITO.—Yo tampoco, caballero.
PERTO.—¿Pero hace falta que diga quién
EGARIO.—Tengo una sospecha de que sí.
POLITO.—Hombre, ni que fuera usté Bel-
e.
PERTO. — Bueno, pues dí que está Ru-
POLITO.—¿Don Ruperto, qué?
PERTO.—¿A que te tiro la botella a la ca-
EGARIO. — (*Sujetándole*). Don Ruperto
a, camarero.
POLITO.—(*Aparte*). Van a hacer falta los
alto. (*Mutis por la izquierda*).

OLEGARIO.—Es que no te han visto ni fotografía, hijo de mi alma.

RUPERTO.—Esto es una guasa que se tra ustedes, padre.

OLEGARIO.—Conque guasa, ¿eh?

RUPERTO.—Pues claro.

OLEGARIO.—Bueno.

RUPERTO.—¡Si son cuatro años de relac nes!

OLEGARIO.—(*Iracundo*). ¿Con quién? ¿C el cadete?

RUPERTO. —¡Déjeme usted en paz! Pa bromas ya está bien.

OLEGARIO.—Eso digo yo.

RUPERTO.—Con Luisa, con la única herec ra del dueño de este café, y con la que he tado hablando esta mañana aquí mismo, este sitio donde estamos nosotros sentados.

OLEGARIO.—Y eso lo has soñao, ¿cuánd

RUPERTO.—¡No me vuelva usted loco. ¡E ta mañana. Aquí mismo, delante de Hipólito.

OLEGARIO.—¿Quién es Hipólito?

RUPERTO.—Ese camarero.

OLEGARIO.—Pero, so ladrón, ¿no he vis ya que no se llama así? ¿O es que me cre más bruto de lo que soy?

RUPERTO.—¡Padre!... (*Como argumento d cisivo*). ¡Mire usted; éste es el retrato de Luis

OLEGARIO.—Trae. (*Lo mira*). ¡Demonio! " mi Ruperto, su Luisa la cafetera" Es verda ¿Pero es de este café la cafetera ésta?

RUPERTO.—Fabricada por el dueño.

OLEGARIO.—Esto del retrato, y eso de hab comprado la pulsera me choca; pero...

ERTO.—Usted no ha hablado con el se-
esiderio.
GARIO.—¿Que no?
ERTO. — No señor. Si me tutea; si me
como a un hijo... ¡Si son cuatro años de
nes, señor!
GARIO.—Pero, ¿con quién, so arrastrao?
ERTO. — ¡Toma! ¿Con quién va a ser?
lla.
GARIO. — ¿Pero cómo voy a decirte que
o hay ninguna mujer, animal?

ESCENA 16

Dichos, Luisa y Desiderio.

ran por la izquierda Desiderio, Hipólito,
uelve a observar desde el foro, y Luisa,
a de cadete).
IDERIO.—(*Aparte a Luisa*). Valor.
SA.—(*Aparte a Desiderio*). ¿Valor?... ¡Del
sablazo le abro en canal!
OLITO.—(*Aparte*). De aquí salimos todos
l Depósito de cadáveres.
IDERIO.—¿Quién me llama?
SA.—¿Quién llama a mi padre?
ERTO.—¿Eh?... Llamaba yo, don Deside-
ro... (*Aparte*). ¿Qué hijo será éste?
IDERIO.—(*Aparte*). ¡Audacia! (*Alto*). *A*
por ciertos rasgos fisonómicos, el man-
s carne de su carne y hueso de sus hue-

SA.—(*Aparte a su padre*). No te pongas
co que va a ser peor.
GARIO.—Sí señor, es mi retrato.

RUPERTO.—Pero, ¿qué pasa aquí?

DESIDERIO.—¿Y tiene valor, el polluel presentarse en este hogar honrado?

RUPERTO.—¡Don Desiderio!

LUISA.—¡Sí que es un frescura!

DESIDERIO.—Sabemos que es usted jug borracho y mujeriego...

LUISA.—Y sinvergüenza, que se te había dado.

RUPERTO. — ¿Pero quién ha sido el l que le ha contado a usted ese cuento?

OLEGARIO.—Oye, eso de ladrón...

RUPERTO.—¡Y canalla y boceras!... ¡Dí usted quién es y le como los hígados!

OLEGARIO.—¿Los hígados de tu padre t a comer?

DESIDERIO. — Bueno, bueno, dejemos conversación.

RUPERTO. — Sí, dejémosla por ahora aquí lo que urge es que mi padre vea a ta...

DESIDERIO.—¿A qué Luisita?

RUPERTO.—¡A su hija Luisa!

DESIDERIO.—¡Pero si yo no tengo má que éste!

RUPERTO.—¡Don Desiderio, no gaste esas bromas!

DESIDERIO.—¡Pero qué bromas, ni qu rices! ¡Mi único hijo es éste!

LUISA.—¡Servidorito!

OLEGARIO.—¿Lo estás viendo, so aceb

RUPERTO.—¡Padre, que eso no es v Don Desiderio tiene una hija...

LUISA.—¡Pues vaya perra que ha agarrao el ollo!

RUPERTO.—A usted no le importa nada en este asunto!

LUISA.—¡Eso está bien!

RUPERTO.—¡Don Desiderio, no me vuelva usted loco, que ya estoy ciego de ira; traiga a su hija!

DESIDERIO.—Me dará usted tiempo para ir a encargarla.

RUPERTO. — ¡Don Desiderio... basta ya de bromas de mal gusto!

OLEGARIO.—¡Eso digo yo! ¡Basta ya de cinismo y de poca vergüenza... y arrea pa casa!...

RUPERTO.—¡Yo no me voy de aquí sin que vea usted a Luisa! (*Se acerca a la izquierda y llama*). ¡Luisa!... ¡Luisa!...

DESIDERIO.—(*A Olegario*). ¡Está chalao el pobre!

OLEGARIO.—¡Que yo creo que sí!... ¡Ay mi hijo!

RUPERTO.—¡Luisa!... ¡Luisa!...

LUISA.—(*Acercándosele*). No dé usted esas voces, que Luisa no existe.

RUPERTO.—¿Eeeh? ¡Pero si eres tú!... ¡Luisa!... ¡Mi Luisa!

LUISA.—(*Separándose de él*). ¡Señor mío!...

OLEGARIO. — ¡Ay, que eso sí que no se lo aguanto a ningún loco!

RUPERTO.—¡Luisa!

LUISA.—¡Señor mío, que usted se alivie!

DESIDERIO.—¡Dentro de lo posible! (*Mutis por la izquierda Luisa y Desiderio*).

RUPERTO. — ¡Luisa!... ¡Luisa de mi alma (*Queriendo ir detrás de ella*).

OLEGARIO.—(*Evitándolo*). Pero ladrón, ¿ar de vas?

RUPERTO.—¿Qué ha hecho usted conmigo padre?

OLEGARIO.—¡Entoavía náa, pero pienso ha certe migas!

RUPERTO.—¡Haga usted de mí lo que quie ra!

OLEGARIO.—¡Trae la pulsera y que avisen a la casa de socorro!

RUPERTO.—(*Dándole la pulsera*). ¡Por ella me había regenerado!

OLEGARIO.—¿Por la pulsera?

RUPERTO.—Por ella, por Luisa. ¿No la ha visto usted?

OLEGARIO.—¿Yo?

RUPERTO.—¡Todavía me quiere! Me lo ha dicho con los ojos ahora mismo...

OLEGARIO.—¿Ahora mismo? ¿Qué dices, Ru perto?

RUPERTO.—¡Que la ha tenido usted delante de sus narices! ¡Que era ella, ella, la que ha sa lido con don Desiderio!...

OLEGARIO.—¡Ruperto, hijo, vuelve en ti!.. ¡Que era un cadete de infantería! (*Alarmado*)

RUPERTO.—Para usted, padre, era un cade te. ¡Pero para mí era Luisa, mi Luisa del alma

OLEGARIO.—¡Ruperto!... ¡Ay, que las juer gas y el vino me lo han enagenao!...

RUPERTO.—¡Qué bonita estaba de militar

OLEGARIO.—¡Hijo!... ¡Hijo!... ¿Y pa esto me he puesto yo de etiqueta, Dios mío? ¿Pero

a quién me habrá salido este desgraciao con esas aficiones?...

RUPERTO.—¡Luisa!... ¡Mi Luisa!

OLEGARIO.—¡Ay, que lo hago picadillo! (*Se lo lleva a empujones por la derecha*).

ESCENA FINAL

Hipólito y Nicomedes. Después Luisa y Desiderio. Al final Vicenta.

HIPOLITO.—(*Asomando por el foro*). ¡Pobre señorito Ruperto! Y eso que, ¿quién más desgraciao que yo con el surtido de gemelos que tengo en casa? (*Por la derecha entra don Nicomedes, que viste elegantemente y trae un maletín*).

NICOMEDES.—(*Llamando con alegría*). ¡Desiderio!

HIPOLITO.—¿Deseaba usted, caballero?

NICOMEDES.—Nada. ¡Desiderio!... ¡Desiderio!... (*Por la izquierda entra Desiderio, que queda aterrado*).

DESIDERIO.—¡Ah!... ¡Nicomedes!

NICOMEDES.—¡Desiderio! (*Se abrazan*). ¿Y mi sobrino?

DESIDERIO.—Ahí lo tienes. (*Señala a Luisa, que entra por la izquierda*).

NICOMEDES.—¡Sobrino de mi corazón!

LUISA.—¡Tío de mi vida!... (*Se abrazan*).

NICOMEDES. — ¡Luis!... ¡Gracias, gracias, Desiderio! Le has hecho militar por mí, ¿verdad?

DESIDERIO.—Claro que por tí, Nicomedes. (*Hipólito hace mutis por el foro izquierda*) .

NICOMEDES.—Pues, sorpresa por sorpresa,

Nicomedes. No vengo a pasar el día con vos otros, como te decía en mi carta.

LUISA.—¿No? (*Aparte*). ¡Gracias, Dios mío

DESIDERIO.—¡Qué lástima! ¿Te vas enseguida?

NICOMEDES. — ¡Abrázame! ¡Abrázame también, Luis! ¡Vengo a vivir a España!

LUISA.—(*Soltándose*). ¿Eh?

DESIDERIO.—¡No! (*Soltándose*).

NICOMEDES.—¡Me quedo a vivir con vosotros para siempre!

LUISA.—¡Aaah! (*Cae sobre una silla*).

DESIDERIO.—¡A morirnos de hambre! (*Cae en otra silla*).

NICOMEDES. — ¿Eeeh?... ¿Pero qué les pasa?... ¡Desiderio!... ¡Desiderio!... (*Trata de reanimarlos, y a las voces entran por el foro Hipólito, que se dirige a Luisa*).

HIPOLITO.—¡Señorita! ¡Digo, señorito!

NICOMEDES.—¡Es la emoción!... ¡Traiga un poco de agua! (*Hipólito va por ella, pero le detiene la entrada de Vicenta, que viene agitadísima*).

VICENTA.—¡Señor Hipólito!... ¡Señor Hipólito!

HIPOLITO.—¿Qué pasa?

VICENTA.—¡Que vaya usted corriendo a casa!... ¡Que la señora Venancia ha soltao un tercer crío!

HIPOLITO.—¡Aaah!... (*Cae desmayado sobre otra silla*).

CENTA.—¡Ay!... ¿Pero se ha muerto? ¡Se-
Hipólito!
COMEDES. — ¡Qué gran verdad es... que
bién mata la alegría!

TELON

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Gabinete bien amueblado, puerta en primer término derecha, al foro, y en primero y segundo término del lado izquierdo. Haciendo chaflán, balcón mirador practicable, la puerta del foro conduce, por la derecha, a la puerta del piso y por la izquierda, al café. Sobre un mueble se ven multitud de estuches, que figuran encerrar pipas, navajas de afeitar, pitilleras, etc. y sobre otro cerca del foro, unas cuantas cajas de cigarros.

ESCENA 1.ª

MARY, DESIDERIO, HIPOLITO Y NICOMEDES

(*Al levantar el telón no hay nadie en escena*).

MARY. — (*Dentro, quejándose lastimosamente*). ¡Ay! ¡Ay!

HIPOLITO.—(*Entra muy alarmado y apresuradamente por la izquierda de la puerta del foro*). ¿Qué será eso?

DESIDERIO.—(*Entra por la derecha*). ¿Qué sucede?

MARY.—¡Ayayaiii!

DESIDERIO.—(*Acercándose a la primera izquierda*). ¿Qué pasa, Nicomedes?

NICOMEDES.—(*Dentro*). No asustarse, hombre, que no es nada. Es que le están haciendo las cejas a Mary.

DESIDERIO.—Pues parecía que la estaban haciendo otra cosa. (*A Hipólito*).

HIPOLITO.—Sí señor; parecía que la estaban mondando.

DESIDERIO.—No nos faltaba más que la sobrinita.

HIPOLITO.—(*Por los objetos*). Pero, ¿esto qué es, don Desiderio?

DESIDERIO.—Los regalos que han traído a la chica.

HIPOLITO. — (*Examinándolos*). Una bigotera, unas tenacillas de bigote, cuatro petacas, cinco pipas ...¿Para qué tanta pipa?

DESIDERIO.—Pues para que se fume todas estas cajas de cigarros.

HIPOLITO.—¡La asesina!

DESIDERIO.—Se los ha traído su prima. ¡Su prima! Cuando se nos presentó mi hermano, por la noche, con esta hija, de la que no teníamos la menor noticia, flojo fué el compromiso en que nos puso. Como faltaban camas, voy sin acordarme de que mi chica era chico... voy y digo: los primos que se acuesten juntos.

HIPOLITO.—¡Menuda plancha!

DESIDERIO.—Figúrate la cara que puso mi hermano.

HIPOLITO.—Es natural.

DESIDERIO.—Pero va y me dice: Quien se acuesta con mi sobrino soy yo.

HIPOLITO.—¡Agua va! ¡Pues sí que lo arregló!

DESIDERIO. — Como que esto no es vivir, Hipólito. (*Después de pequeña pausa*). ¿Y qué dicen por el café?

HIPOLITO.—Está todo el mundo hecho un lío.

ESIDERIO.—¿Sí?
IPOLITO.—Como armé aquel jaleo, el coro y el pinche lo han corrido entre los paquianos y...
ESIDERIO.—Pues, ¿qué dijiste?
IPOLITO.—Que la señorita Luisa ni es seta ni es hija de usted.
ESIDERIO.—Muy bien.
IPOLITO.—Sino que es sobrino de un prihermano de un tío de usted, que por cueses de herencias se hacía pasar por mujer or su hija, y cuando en realidad era homy sobrinito nieto del padre del cadete, que lo tanto no es sobrino de usted, sino que le ...
ESIDERIO.—Me toca la Nochebuena. ¡Qué aridad! Pues nos hemos quedao sin parro-.
IPOLITO.—¿Por qué?
ESIDERIO. — Porque toda esa gente está eganés antes de ocho días. ¡Vaya lío!
IPOLITO.—Yo lo hice para que vea usted también a mí se me ocurren cosas.
ESIDERIO.—Se te ha ocurrido arruirnar-e.

ESCENA 2.ª

Luisa, Desiderio e Hipólito.

(*or la derecha entra Luisa, como siempre da de cadete*).
UISA.—¡Buena se ha armado!
ESIDERIO.—(*Alarmado*). ¡Adiós! ¿Qué pa-

LUISA.—Ruperto, que no se mueve de la quina y no hace más que tirarme besos en cu to me asomo al balcón.

DESIDERIO.—¡Será animal!...

LUISA. — Así no se puede seguir. O, pi pronto algún truco, o yo me quito los pan nes... y...

DESIDERIO.—¡Hija! ¡Digo, hijo!

LUISA.—Por unas horas se puede agua pero ya van tres días...

DESIDERIO.—Un poco de paciencia, qu me ha ocurrido un truco para sacar a mi mano treinta o cuarenta mil duros, y en cu me los dé te quitas los pantalones.

LUISA.—Pues dale el sablazo antes de qu afeite.

HIPOLITO.—¿La quiere afeitar a usted?

DESIDERIO.—Sí, quiere afeitarla un pa veces, para enseñarle a manejar las navaja

HIPOLITO. — ¡Pobre señorita! ¡Lo que usted pasando!

LUISA.—Como que yo no sé cómo hay m res que en cuanto se casan se ponen los p lones, con el daño que hacen.

HIPOLITO.—¡Dios le ilumine, don Desid (*Vase por la izquierda de la puerta del foro primer término izquierda entra don Nicom dando muestras de hallarse muy satisfecho*

ESCENA 3.ª

Luisa, Desiderio y Nicomedes.

DESIDERIO.—Qué, ¿habéis descansado, medes?

COMEDES.—Admirablemente, chico. ¿Qué? han gustado los regalos, cadete?

ISA.—Mucho, tío. Sobre todo, son muy úti- ara mí.

COMEDES.—Y de mujeres, ¿cómo vamos, lán?

SIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Qué bárbaro!

ISA.—(*Aparte*). ¡Pero qué tío más bruto es Nicomedes!

COMEDES.—¿A cuántos maridos hemos en- do?

SIDERIO.—(*Alarmado por el giro que to- a conversación*). Hombre, Nicomedes, no le s al chico de esas cosas.

COMEDES.—Sí, que se va a ruborizar. Se- nto, Desiderio. ¡Que no va a saber el chi- su edad, lo que es una mujer!

ISA.—Eso lo sé mejor que tú, tío.

COMEDES.—Hombre, mejor...

SIDERIO.—Ya lo creo.

COMEDES. — Lo que te encuentro es un atrasadillo en la carrera.

SIDERIO.—(*Aparte*). No lo sabes tú bien.

COMEDES.—Pero no le fuerces.

SIDERIO.—¡Cá!

OMEDES.—Si no sale teniente a los vein- años...

SIDERIO.—Me parece que no.

OMEDES.—Saldrá a los veinticuatro.

SIDERIO.—Me parece que tampoco.

OMEDES.—Pues no te apures; si no sale aldrá mañana.

DESIDERIO.—Sí, mañana, sale. ¡Sale m
na!

NICOMEDES.—(*Contemplando embelesa
Luisa*). ¿A quién dirás que se parece, De
rio?

DESIDERIO.—Vaya usted a saber.

NICOMEDES.—Al tío Paco.

DESIDERIO.—¿Al tío Paco? ¿Al de la
ja?

NICOMEDES.—¡No, hombre, no! Al he
no de nuestra madre.

DESIDERIO.—¡Ah!... Sí.

NICOMEDES.—En cuanto le salga el bi
el tío Paco.

DESIDERIO.—Pues hay para rato.

NICOMEDES.—Tiene buenas vistas esta
sa, ¿eh?... (*Acercándose al balcón y acab
por asomarse. Luisa se asoma por detrás d
Don Nicomedes mira extrañado a un lado
otro haciendo gestos de asombro*).

DESIDERIO.—La casa de enfrente.

NICOMEDES.—(*A Luisa*). Pero, a quién
besos ese idiota que está en la esquina?

DESIDERIO. — ¡Adiós! ¡Ese es Rup
(*Luisa quiere entrar a su tío del balcón y
opone*).

NICOMEDES. — (*Dirigiéndose, agresiv
que figura que está en la calle*). ¡Eh, so i
cil!... ¿A quién tira usted besos?

DESIDERIO.—¡Que no es a nosotros,
bre!... ¡Es un tipo que tiene la novia en l
hardilla!

NICOMEDES.—¡Pero si nos miraba a
otros!

DESIDERIO.—Es que es bizco, y claro, apunta pa un lao y da en el otro.

NICOMEDES.—¡Ah! Si es bizco no digo nada.

DESIDERIO. — Claro que es bizco. (*Bajo a Luisa*). Tírale un tiesto a ver si se va, y esfúmate mientras le doy el hachazo al tío.

LUISA. — Comprendido. (*Mutis por la derecha*).

ESCENA 4.ª

Desiderio y Nicomedes.

DESIDERIO.—Oye, Nicomedes: hoy me han hablado de un negocio verdaderamente fabuloso y para el que no harán falta más que unos treinta o cuarenta mil duros... Se trata de una mina de jabón.

NICOMEDES.—¿Eh?

DESIDERIO.—No, hombre; de un jabón que es una mina.

NICOMEDES.—No me hables de negocios.

DESIDERIO. — (*Aparte*). ¡Me mató! (*Alto*). Sin embargo!...

NICOMEDES.—No te doy un céntimo.

DESIDERIO.—(*Aparte*). ¡Señor mío Jesucristo!...

NICOMEDES.—Yo he venido a España a convencerme, primero, de que no me habías engañado.

DESIDERIO.—Me ofendes, Nicomedes.

NICOMEDES.—Porque si me hubieras engañado...

DESIDERIO.—¿Qué? (*Aterrado*).

NICOMEDES. — Te habría quitado los do cafés...

DESIDERIO.—¡Recafé!

NICOMEDES.—El dinero que hay en el Ban co...

DESIDERIO.—¡Reterrón!

NICOMEDES.—Y me hubiera vuelto inmedia tamente a América con mi hija, haciéndom cuenta de que te habías muerto.

DESIDERIO.—¡Pues que me entierren!

NICOMEDES.—Por fortuna, no sólo me ha dicho la verdad, sino que con la carrera que ha elegido para Luis me has dado una de las sor presas más agradables de mi vida.

DESIDERIO. — No sabes lo que me alegro (*Aparte*). Pero te va a durar poco.

NICOMEDES.—Tu felicidad y la de tu hijo ya están aseguradas.

DESIDERIO.—¿Sí? (*Aparte*). Aseguradas d incendios.

NICOMEDES.—A mi hija Mary quiero casar la con un título de la más rancia nobleza cas tellana, porque mi deseo es entrar en la aristo cracia.

DESIDERIO.—¿Que quieres entrar?... Pue adelante.

NICOMEDES.—Y Luis... ¿Tiene algun com promiso o algún lío serio?

DESIDERIO.—¿Lío? (*Aparte*). ¡Menudo es que tiene ahora! (*Alto*). Que yo sepa... Pero n no tiene nada. Estoy seguro que no tiene nad

NICOMEDES. — Entonces le casaremos co una duquesa.

DESIDERIO.—¿Con una duquesa? (*Aparte*). stás fresco!

NICOMEDES.—Y tú y yo nos iremos a vivir mejor palacio de la Castellana. ¿Te parece n?

DESIDERIO.—Me parece un sueño.

NICOMEDES.—De modo que ya ves cómo no es pensar en negocios, ni te hace falta el di- o para nada.

DESIDERIO.—Para nada. (*Aparte*). Después todo, para coger colillas, con un bote me bas- a

ESCENA 5.ª

Dichos y Mary.

Entra por la primera izquierda Mary, que e elegantísima, con arreglo a la última y exagerada de las modas. Lleva en la mano s envoltorios que procura evitar a la vista u tío).

ARY.—Hola, tío. (*Aparte a su padre, rápi-* Tenemos que hablá.

ESIDERIO.—Hola, sobrina, bonito traje.

ARY.—Un poco largo, ¿no?

ESIDERIO.—Sí, no se te ven las ligas.

COMEDES.—Es la moda, Desiderio.

SIDERIO.—Y ¿qué? ¿Te gusta Madrid?

RY.—Lo poco que vi no está mal. No hay, en Buenos Aires, una Avenida de Ma-

SIDERIO.—Es que nosotros estamos más aos. Aquí tenemos la calle del "7 de Ju-

MARY.—Ya me la mostrarás. (*Bajo a Ni medes.*) ¡Pasan cosas muy raras!

DESIDERIO.—(*Aparte.*) Esta americana está resultando muy molesta.

NICOMEDES.—¿Y tu primo qué te ha pa cido?

MARY.—Bien; pero un poco sonso... para corto de genio... Se nota que no tiene costu bre de alternar con gente bien.

DESIDERIO.—Muchísimas gracias por la p te que me toca.

NICOMEDES.—No te enojes.

MARY.—¿Podrías figurarte que un mucha joven, y más siendo militar, se ponga colo do como un tomate por oír un cuento lige mente picantillo?

NICOMEDES.—¿Qué le has contado tú?

MARY.—Naturalmente.

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Me la van a ha hasta pornográfica!

MARY.—(*Bajo a Nicomedes.*) ¡Necesito blarte ahora mismo! ¡Echa al tío no más!

NICOMEDES. — Oye, Desiderio; dí que preparen agua caliente.

DESIDERIO.—¿Para qué?

NICOMEDES.—¡No discutas mis órdenes!

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Ay, que esto es p afeitar a mi hija! (*Alto.*) Enseguida voy. (*Ap te.*) ¡Me la pervierten y luego me la afeit ¡¡Soy una hijicida!! (*Mutis por foro izquier*

NICOMEDES.—¿Qué es ello, Mary?

MARY.—Una cosa chocante por demás.

NICOMEDES.—¿Qué es?

MARY.—¡Que el primo se da polvos!

NICOMEDES.—Será después de afeitars

MARY.—¡Quiá! Si mira la caja que tenía en tocador. (*Se la entrega.*)

NICOMEDES.—A ver. (*Leyendo en la tapa.*) "Caricias de Venus"... ¡Uy, que estas caricias me hacen ninguna gracia!

MARY.—Pues hay algo más raro. ¡Usa faja!

NICOMEDES.—Que usa faja ¿quién?

MARY.—¿Quien va a ser?... Mi primo.

NICOMEDES.—No, eso no es posible.

MARY.—Míralo. (*Deshace el envoltorio y enseña la faja.*) También estaba en su cuarto.

NICOMEDES.—¡Uy... uy... uy!...

MARY. — Y por si esto fuera poco... ¡fíjate en las camisas que gasta el primito! (*Enseña una camisa lujosa de color y muy cortita.*)

NICOMEDES.—¡No, esto sí que no!... ¡De ninguna manera!... ¿No será una chanza tuya?

MARY.—¡Qué esperanza! Toda la ropa que tiene en el armario de su cuarto es como ésta.

NICOMEDES.—¿Pero qué clase de sobrino tengo yo entonces?... ¡Ah, pues esto no lo sufro! (*Acercándose al foro izquierda.*) ¡Desiderio! ¡Desiderio! (*Volviendo a llamar.*) ¡Desiderio!

MARY.—Yo te dejo solo ahorita no más. (*Mutis primera izquierda.*)

ESCENA VI

Desiderio y Nicomedes

DESIDERIO.—(*Entrando por el foro.*) Si la estoy calentando, Nicomedes.

NICOMEDES.—Ya no me hace falta. (*De muy malos modos.*)

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Dios mío! ¿Qué habrá pasado?

NICOMEDES.—(*Casi poniéndole las prenc en las narices.*) ¿Quieres decirme quién se po esta faja y esta camisa, que con esta caja polvos ha encontrado Mary en el cuarto tu hijo?

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Mi santa madre! P ro esta chica ¿por qué no habrá guardao ba llave todas sus cosas?

NICOMEDES.—¡Contéstame!... ¿De quién esta faja?... ¿De quién es esta camisa?

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¿Y yo qué le dig (*Alto.*) Pues... (*Aparte.*) ¡Es que no se me oc rre nada, ni aun rascándome la cabeza que nu ca me ha fallao!...

NICOMEDES.—¿No quieres contestarme?

DESIDERIO.—Sí, hombre...

NICOMEDES.—¿De quién son?

DESIDERIO.—Míos.

NICOMEDES.—¡Desiderio!

DESIDERIO.—¡No!... Digo que míos no so

NICOMEDES.—Ya, ya lo comprendo. Pero ¿ quién son?

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Un truco salvador la muerte repentina! (*Alto.*) Cosas de la vic Nicomedes...

NICOMEDES.—¿Pero de la vida de quién?

DESIDERIO.—De... la vida privada... De vida privada de Enrique VIII. (*Aparte*). ¡Es q no se me ocurre nada!... (*Alto*). ¿Tú te has fij en ese camarero que sube por aquí...?

NICOMEDES.—Sí; uno que te trata con m cha confianza.

DESIDERIO.—El mismo, Hipólito.

NICOMEDES.—(*Sitiándole cada vez más.*) eno, ¿y qué?

DESIDERIO.—(*Desesperado.*) Eso digo yo. ¿Y é? Pues verás... (*Habla por hablar, para dar npo a que se ocurra algo.*) Como Luis vive la Academia, y rara vez pasa en Madrid arri- de ocho días...

NICOMEDES.—(*Todo lo ha visto claro y res- n con gran satisfacción.*) ¡Calla, hombre!... Encantado.)

DESIDERIO.—(*Que sudaba tinta.*) ¡Callao y rcias!

NICOMEDES.—(*Riendo.*) ¡Es verdad!... ¡Si s vive en Toledo! ¡No había caído yo!... Pues o sabes la preocupación que me quitas de en- ira.

DESIDERIO.—(*Aparte.*) Y tú a mí.

NICOMEDES.—Ya me hago cargo. Algún lío uy, ¿verdad?

DESIDERIO.—¿Eh?

NICOMEDES.—¿No?

DESIDERIO.—Sí; eso. Un lío mío. Estoy viu- do, estoy solo..., no ofendo a nadie..., tengo de- recho..., soy un ciudadano.

NICOMEDES.—Sí; no me digas más. Debí figurármelo. Y la prójima, es la mujer de ese camarero.

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Arrea! (*Alto.*) Bue- no; sí.

NICOMEDES.—De modo que la caja de pol- vos, la faja y la camisa... (*Riendo.*)

DESIDERIO.—De la mujer de Hipólito. (*Apar- te.*) Otro lío!

NICOMEDES.—¡Pobre hombre! Por más q
debe ser un sinvergüenza...

DESIDERIO.—¡Uf! (*Aparte.*) Perdona, Hij
lito. ¡No hay más remedio!

NICOMEDES.—(*Muy contento.*) ¡Mujeriego

DESIDERIO.—Dame esas prendas. (*Inter
coger la faja y la camisa.*)

NICOMEDES.—No; déjamelas. (*Riendo.*) ¡C
lavera! (*Hace mutis por el foro.*)

DESIDERIO.—Y tiene razón. Antes de oc
días calavera. (*Mutis foro.*)

ESCENA VII

Luisa y Mary. Al final Hipólito

(*Entra Luisa por la derecha y se dirige
balcón, pero sin asomarse fuera; viste de c
dete.*)

LUISA.—Nada, que no se mueve de la e
quina.

MARY.—(*Entrando por la primera izquierd
¡Uy, el primito! Voy a convenserme ahora de
usa faja. (*Se acerca a Luisa y le tira un pelliz
en un costado.*)

LUISA.—¡Ay!

MARY.—(*Aparte.*) ¡Pues no la lleva! (*Alt
¿Te asustaste?

LUISA.—Mujer..., me pillas desprevenido...

MARY.—¿Te molestan mis bromas?

LUISA.—¡Qué disparate!... Pero que... (*Ap
te.*) ¡Pero que me está poniendo en cada apr
to esta idiota!...

MARY.—Oye, primo.

LUISA.—¿Qué quieres, prima?

MARY.—¿Cuántas novias has tenido?
LUISA.—¿Novias yo?... Ninguna.
MARY.—¡Me engañás!... ¡Me engañás!...
LUISA.—Te juro que te digo la verdad.
MARY.—No te creo. ¡Con esa cara tan simpá-
que tienes!
LUISA.—(*Aparte.*) ¡Ay que se me declara!...
MARY.—Pues yo si tuve un novio.
LUISA.—¡Ah!... ¿Sí?
MARY.—Pero fué un sueño.
LUISA.—¡Qué lástima!
MARY.—Era un gaucho espigadillo, atrayen-
lindo no más... Recuerdo que estábamos en
jardín..., él sentado a mi lado... Séntate vos
a que te lo explique. (*Se sientan en un sofá.*)
LUISA.—(*Aparte.*) ¡Pero qué ganas de perder
iempo!
MARY.—Verás, mi primo. Estábamos senta-
así, juntos, él se iba asercando y asercando
y más... (*Luisa se separaba.*) ¡Que se aser-
a, no que se separaba!
LUISA.—Sí, ya...
MARY.—Asercate vos, para darte cuenta de
scena.
LUISA.—(*Aparte.*) ¡Estoy sudando tinta!
MARY.—En esto, cuando yo le había vuelto
la espalda, ruborisada de algún atrevimien-
que me había dicho, él aprovechó el mo-
nto, y me dió un beso en el cuello.
LUISA.—¡Qué atrevido!
MARY.—Besame vos, para seguir explicán-
.
LUISA.—(*Levantándose.*) ¡Unas narices!...
MARY.—Pero, ¿qué dices?

LUISA.—¡Que no, Mary, que no puede ser que yo no me aprovecho!... ¡Yo soy un señorit

MARY.—¡Vos sos un memo!

LUISA.—Es posible.

MARY.—¿O es que no te agrado?

LUISA.—¡No me has de agradar!

MARY.—Que no seré tu ideal. ¿Cuál es tipo de mujer?

LUISA.—El mío. ¡Vamos, el tuyo!

MARY.—No lo veo. ¿A ti te gustan más l rubias, las morochas o las castañas?

LUISA.—Las castañas, desde luego.

MARY.—Las castañas dulses, ¿verdad?

LUISA.—Esas me las como. Para el marró glasé soy una fiera.

MARY.—Pues mi tipo de hombre, es algo a como vos.

LUISA.—(*Aparte.*) ¡Ay madre mía!

MARY. — Pero más arrogante, más locua más atrevido...

LUISA.—Sí, sí... me lo figuro.

MARY.—¿Sabes, primito, que si alguna muje se enamorase de ti, se iba a aburrir lo suyo?

LUISA.—¡Cómo no tienes idea! ¡Lo recono co, soy un pasmao.

MARY.—¿Pero es que nunca le has dicho pa labras amorosas a ninguna mujer?

LUISA.—(*Aparte.*) ¿Y qué le digo yo?

MARY.—¿O es que te da vergüensa?

LUISA.—Debe ser eso.

MARY.—Déjate de macanas... ¡Qué esp ransa!

LUISA.—(*Aparte.*) ¡Pues con la esperanza quedas!

MARY.—Andate, dime palabras de esas que ís los madrileños, grasiosas, ocurrentes, atre-as no más...

LUISA.—(*Aparte.*) ¡No más, Dios mío! ¡Que puedo más!

MARY.—Anda, di.

LUISA.—(*Aparte.*) ¡No hay más remedio! (*Alto* ¡Eres una americana de primera!

MARY.—¡Sigue!

LUISA.—¡Y una americana muy elegante!

MARY.—¡Así; sigue! ...¡Sigue!...

LUISA.—¡Y una americana que está muy bien hecha!... (*Aparte.*) ¡Va a creer que he sido sa re!

MARY.—¡Sigue!... ¿O es que vos no sos castiz?

LUISA.—¿Yo?... Yo soy más castizo que el pare de un churro. (*Entra Hipólito por el foro.*)

HIPOLITO.—¡Anda su madre! (*Estornuda para hacerse notar.*)

LUISA.—¡Bendito sea este estornudo! (*Mutis rápidamente por la derecha.*)

MARY.—(*Poniéndose en pie rápidamente y como una fiera.*) ¿Qué querés vos, insolente? ¿Quién te llamó?... Más valiera que tuvieses más cuidado con tu mujer... Pero tú, ¿qué te has pensado? (*Mutis rabiosa por la izquierda.*)

HIPOLITO.—(*Riendo.*) Eso digo yo. Pero tú, ¿qué te has pensao?

ESCENA VIII

Hipólito y Nicomedes

(*Por el foro entra Nicomedes con la caja de polvos, la faja y la camisa.*)

NICOMEDES.—(*De muy malos modos.*) ¿Q hace usted por aquí?

HIPOLITO.—Venía buscando a don Desider

NICOMEDES.—¡Qué poca vergüenza! Por visto usted no puede vivir sin don Desiderio.

HIPOLITO.—Hombre, le tengo ley.

NICOMEDES.—¡Lo que no tiene usted es v güenza!

HIPOLITO.—(*Aparte.*) ¡Ay que éste ha desc bierto el pastel!

NICOMEDES.—Empezaré por decirle que toy enterado de que mi hermano es un sirve güenza.

HIPOLITO.—(*Aparte.*) ¡Toma si lo ha desc bierto!

NICOMEDES.—Pero usted aún es más sinve güenza que él.

HIPOLITO.—Hombre yo...

NICOMEDES.—¡Haber llegado a este cont bernio indecoroso! ...Porque usted está tan e terado del asunto como mi propio hermano.

HIPOLITO.—Sí, señor. ¿A qué mentir?

NICOMEDES.—¡Qué espanto!

HIPOLITO.—Le advierto a usté que a mí me hacen gracia estos líos..., pero me dijo q era su vida...

NICOMEDES.—¡Qué horror!... ¿Y usted a cedió?

HIPOLITO.—Yo le aprecio mucho a don D siderio.

NICOMEDES.—¿Hasta ese extremo?

HIPOLITO.—Después de todo la cosa no ti ne esa importancia que usté le da.

NICOMEDES.—¡Qué barbaridad!... ¡Yo no

o en mi vida un caso tal de cinismo!... ¡Los eles que hacen los hombres por un puñado pesetas!

IPOLITO.—¡Eh, señor mío..., alto ahí..., que eso no paso!... Yo me he prestao a lo que Desiderio quería; pero por afecto náa más, olutamente gratis.

ICOMEDES.—¡El colmo!... ¡Hasta gratis!

IPOLITO.—Yo soy un camarero..., pero soy caballero.

ICOMEDES.—¡Lo que es usted no es cosa lecírselo, ni a mí me importa! Lo único que interesa y lo que se va a hacer para acabar este ludibrio...

IPOLITO.—¿Con qué?

ICOMEDES.—¡No me interrumpa!

IPOLITO.—Ah, bueno. (*Aparte.*) Este tío es- oco.

ICOMEDES.—Es lo siguiente: Usted se va a América.

IPOLITO.—¿Yo? No señor.

ICOMEDES.—(*Enérgico.*) ¡A usted lo man- vo a América!

IPOLITO.—¿Pero es que me ha tomao usté i por Colón o qué?

ICOMEDES.—A usted lo mando yo a Amé- con diez mil pesetas oro que le voy a dar, a que pueda establecerse allí y no volver por aña. ¿Estamos?

IPOLITO.—Y eso ...¿Con qué objeto?

ICOMEDES.—No tengo que darle explica- es; con que le dé a usted el dinero hemos inado.

IPOLITO.—Que no me lo explico...

NICOMEDES.—Mañana por la mañana le e tregaré la plata. Ahora váyase a prevenir a esposa para que se disponga para el viaje.

HIPOLITO.—¡Ah!... ¿Pero me la tengo q llevar?

NICOMEDES.—¡Qué esperansa!... ¡Pues faltaba más! Si ella es la principal... Y bas de palabras inútiles, y ahora tome. (*Le entre el envoltorio con la faja y la camisa.*) Dele es también a su dignísima esposa. (*Aparte.*) ¡Q asco de hombre! (*Mutis primera izquierda.*)

HIPOLITO.—Este tío está como una regad ra. (*Desenvolviendo el lío.*) ¡Atiza!... Una faja... una camisa... ¡Mira que hasta obsequiar a n señora!... ¿Pero por qué será este interés e mandarme a América?... A ver si es para p blar aquello...

ESCENA IX

Hipólito y Ruperto

RUPERTO.—(*Entrando cautelosamente por foro.*) ¡Avisa a don Desiderio!

HIPOLITO.—¿Eh?... ¿Usté otra vez aqu ¿Pero es que no le basta con la explicación q le he dao de la tragedia?

RUPERTO.—¡Tú eres un zurcidor de mentir y don Desiderio un canalla y toda la casa es una zahurda de miserables, que os habéis pr puesto volverme loco, o que me suicide!... ¡ lo lograréis!... ¡Pero antes me tengo que lleva a alguno por delante! (*Saca una pistola.*)

HIPOLITO.—¡Señorito, por su madre, guá dese eso!

UPERTO.—¡Pues contéstame!... ¡Luisa es jer!

IPOLITO.—Hombre, yo...

UPERTO.—¿Por qué finge don Desiderio no me conoce?... ¿Por qué se la viste a de cadete?... ¿Por qué..., por qué?...

IPOLITO.—Porque... (*Aparte*). ¿Por qué me erán a mí en estos líos?

UPERTO.—No me muevo de aquí hasta des-ar este enigma absurdo.

IPOLITO.—¡Don Ruperto, que me compre-e!

UPERTO.—¡Déjame de sandeces! ¡Avisa a Desiderio!

IPOLITO.—Vamos al café, y allí le expli-...

UPERTO.—¡No, ha de ser aquí mismo!

IPOLITO.—Pues ea... (*Aparte.*) A mí a men-o me gana ni el amo. (*Alto.*) Lo va usted a r; usted no se puede casar con la señori-uisa, porque... porque la señorita Luisa ha ltado ahora ¡qué es hombre!

UPERTO.—¡A mí no me cuentes majade-a

POLITO.—¡Qué le juro a usté que es así! me uste explicarme y luego hace usté lo quiera. Cuando nació este niño don Deside-para evitarle que cuando llegara a mayor al servicio, lo inscribió como niña y como ha educado; pero...

UPERTO.—¡Pero, majadero!... Después de o años de relaciones... ¿Cómo vas a hacer-reer que es hombre aquella mujer toda ter-?

HIPOLITO.—Es que también el hombre s tierno...

RUPERTO.—¡Quítate de mi vista, idiota! A sa a don Desiderio. ¡O le avisas tú, o le av yo! (*A voces.*) ¡Don Desiderio!... ¡Don Desi rio!...

HIPOLITO.—(*Aparte.*) ¡Ahora sí que la pr gamos!

RUPERTO.—¡Don Desiderio!

ESCENA X

Dichos y Desiderio. Al final Luisa

DESIDERIO.—(*Por el foro derecha.*) ¿Q pasa para esos... (*Al ver a Ruperto.*) ¡Ah! ¿P ro tiene usted el valor de volver a esta su casa?

RUPERTO.—¡Y dispuesto a todo!

HIPOLITO.—¡Don Desiderio, que lleva u pistola!

RUPERTO.—¡Y seis cargadores de repuest

DESIDERIO. — ¡Zambomba!... Pero, hi mío..., ¿tú vas a la guerra o vienes de visita?

RUPERTO.—Vengo a que de una vez hab mos claramente..., porque yo no estoy loco.

DESIDERIO.—¡Qué vas a estar loco, Rupe tín!

RUPERTO.—¡Ah!... ¿Ya me conoce usted?

DESIDERIO.—¡Pues no te he de conocer!

RUPERTO.—Y me conoce usted como nov de Luisa, ¿verdad?

DESIDERIO.—Pues claro.

RUPERTO.—Entonces, ¿por qué delante mi padre sostuvo usted que no me conocía?

)ESIDERIO.—¡Ah!... ¡No puedo descorrer el o de esta horrible tragedia!

IIPOLITO.—¿Lo ve usté?... ¡Lo que yo le ía!

UPERTO.—¡Eso es mentira!... ¡Luisa es mu-... ¡Yo no he podido estar cuatro años en iciones con un hombre!

)ESIDERIO.—¡Me vas a obligar a descorrer elo, aunque el dolor me triture, me estruje, horadee y me machaquee el corazón!

UPERTO.—Hable usted.

)ESIDERIO.—¡Me has desvelao!... (*Aparte.*) que se me acaba el repertorio de las men-s! (*Alto.*) ¡Hijo mío, en efecto, Luisa, mi hija, que fué tu novia... es mujer.

UPERTO.—¡Naturalmente! ¡Si yo no he per-o la razón!

ESIDERIO.—(*Aparte.*) La vas a perder aho-(*Alto.*) Pero un buen día..., mejor dicho, un fatal..., aquel mismo en que tú llegabas turoso a pedir su mano... ¡Ah! ¡Se me fugó un corredor de hojas de afeitar!

UPERTO.—Pero, ¿qué está usted diciendo, Desiderio?

ESIDERIO.—¿Es que también eres sordo?

UPERTO.—¡Esto es una nueva infamia!... o es mentira!... ¡Mi Luisa es el cadete!

ESIDERIO.—El cadete es un primo suyo.

UPERTO.—¡Mentira, mentira!... ¡Qué salga adete!... ¡Que vea yo al cadete!

JISA.—(*Por la primera derecha.*) ¿Es a mí ien usted llama?

JPERTO.—¡A ti, Luisa mía!

LUISA.—(*Rechazándole.*) ¡Señor mío!... ¿P quién me toma usted a mí?

RUPERTO.—(*Desconcertado.*) Por mi Luis

LUISA.—¿Luisa yo, majadero?... Yo me l mo Luis y no tengo nada que ver con mi des chada prima.

DESIDERIO.—¿Lo estás viendo, desconfiac

RUPERTO.—¡Ay que yo me pongo muy n lo!... ¡Ay que yo no veo..., ni oigo!... ¡Yo muero!... Que usted siga..., que usted siga... (*retrocediendo inconscientemente hasta hac mutis por el foro izquierda.*)

DESIDERIO.—Usted siga por el pasillo has la calle.

LUISA.—¡Esto que estamos haciendo con R perto es una infamia! ¡Le hemos roto la vid (*Se oye el estrépito de la rotura de una gr cantidad de cacharros.*)

TODOS.—¿Eeeeh?

LUISA.—¿Qué es eso?

HIPOLITO.—¡Ay su madre! (*Mutis, corrien foro izquierda.*)

DESIDERIO.—¡Que se ha vengao... y nos roto a nosotros toda la cristalería!

LUISA.—Mira, papá...

DESIDERIO.—Calla, que está aquí mi h mano.

LUISA.—¡Ya es que no puedo ni verle! ¡ me ha hecho odioso! (*Mutis primera derecha.*)

DESIDERIO.—¡Pues si vieras a mí!

ESCENA II

DESIDERIO Y NICOMEDES

NICOMEDES.—(*Entrando por la izquierda.*) toy contentísimo, no más, Desiderio!

DESIDERIO.—¡Ah! ...¿Sí?

NICOMEDES.—¡Mi hija Mary... que acaba de fesarme que está enamoradísima..., precisante del hombre a quien yo la destinaba!

DESIDERIO.—Mira, qué bien.

NICOMEDES.—Y ese hombre, ya podrás figurte quién es.

DESIDERIO.—¿Quién?

NICOMEDES.—¡Está aquí!

DESIDERIO.—¿Yo?

NICOMEDES. — ¡Desiderio!... ¿Pero qué te rre?... ¿Es que estás tonto o es que has bebio?

DESIDERIO.—Perdona, que es que a veces varío...

NICOMEDES.—Ese hombre no podía ser más tu hijo.

DESIDERIO.—¿Mi hijo? ¿Cuál?

NICOMEDES.—¿Cómo cuál? ¿Cuántos tiene?

DESIDERIO.—¡Mi santa madre!

NICOMEDES.—Hay que casarlos a la carrera.

DESIDERIO.—¿Pero cómo vas a casar a tu hijo con mi hija?

NICOMEDES.—¡Desiderio, que no dices más incoherencias!

DESIDERIO.—Bueno; a tu hijo con mi hija... Dio, no... A...

NICOMEDES.—¿Pero es que estás malo?...

DESIDERIO.—¡Es la emoción, Nicomedes emoción!

NICOMEDES.—Pues serénate y hazte la cu ta de que no hay más remedio que casar porque Mary, incluso me ha amenazado con fuga si nos oponíamos.

DESIDERIO.—¿La fuga?... ¿Con quién?

NICOMEDES.—¿Con quién va a ser?... ¡C tu hijo!... Con Luis.

DESIDERIO.—¡Ah!... No te preocupes.

NICOMEDES.—¡Que se trata de la honra mi hija, Desiderio!

DESIDERIO.—Ya; pero con él, no pasa na

NICOMEDES.—¿Qué dices?

DESIDERIO.—Eso..., que no pasa nada que yo conozco a mi hijo, que es un caballe y vamos, que aunque se fugase con él, como fuera contigo.

NICOMEDES.—Eso dices tú; pero yo no fío. ¡Regaita!... ¿Es que te parece poco mi ja para tu niño?

DESIDERIO.—¡Qué disparate!... (*Aparte.*) qué le digo yo? (*Alto.*) Si es por todo lo con rio... Tu hija es rica, y se merece algo más u el h o de un pobre cafetero.

NICOMEDES. — Desiderio, esa delicadez t honra. Pero ahora has de saber que el hijo d ese pobre cafetero va a llevar al matrimo dos millones de pesetas que le regala su tío.

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Dos millones!... ¡ no poderlos echar mano!

NICOMEDES.—¿Te parece que fijemos el pr próximo para la boda?

DESIDERIO.—¡Pero si no puede ser!
NICOMEDES.—¿Por qué?
DESIDERIO.—Porque..., porque son primos.
NICOMEDES.—¡Pues ya se les pedirá dispen-
a!... ¡Ya estoy impaciente pensando en los nie-
ecillos que vamos a tener! (*Mutis primera iz-
uierda.*)
DESIDERIO.—¡Pues siéntate... que hay para
n rato!

ESCENA XII

)ESIDERIO, HIPOLITO y MORALES. Enseguida, NICOMEDES, y después, LUISA y MARY

HIPOLITO.—(*Entra por el foro izquierda, compañado de Morales.*) Pase usté, caballero. A *Desiderio.*) Aquí, el señor que pregunta por on Nicomedes.
DESIDERIO.—Pues avísale, que ahí está. (*Sea la primera izquierda, y por ella hace mutis 'ipólito.*)
MORALES.—Muchas gracias.
DESIDERIO.—Señor mío...
MORALES.—Caballero...
DESIDERIO.—(*Aparte, mientras se dirige a primera derecha.*) ¡Si yo le sacase una tajada, ara los preparativos de la boda!... (*Mutis.*)
NICOMEDES.—(*Entrando por la primera izuierda, seguido de Hipólito, que hace mutis ro izquierda.*) ¡Morales de mi vida!
MORALES.—¡Nicomedes! (*Se abrazan.*) Supe 'er que estabas en Madrid, y aquí me tienes.
NICOMEDES.—Siéntate.
MORALES.—Un momento nada más. Tengo

abajo un automóvil, pues voy a tomar posesió de mi nuevo destino. Pero no he querido mar charme sin darte antes un abrazo.

NICOMEDES.—¡No sabes lo que te lo agra dezco!

MORALES.—¿ Qué, te quedas ya a vivir e España?

NICOMEDES.—Sí, claro. Y ya definitivamen te, porque Mary, como ya sabes tú que eran mi deseos, va a casarse con su primo, el hijo de m hermano Desiderio.

MORALES.—Muy bien. Pues que sea enhora buena.

NICOMEDES.—Gracias. Ahora te presentar a todos. (*Asomándose a la primera derecha.*) ¡Desiderio!... ¡Llama a tu hijo también! (*A Mo rales.*) ¡Estoy contentísimo, chico! (*Entrand Desiderio por la primera derecha.*) Mi herman Desiderio. El coronel Morales, excelente perso na, a quien conocí en Buenos Aires de agrega do militar en la Embajada.

DESIDERIO.—Tantísimo gusto.

MORALES.—El gusto es mío.

MARY. — (*Entra por la primera izquierda.* Oye, papá... (*Al ver a Morales.*) ¡Ah!... Caba llero...

NICOMEDES.—¿No te acuerdas de este seño Mary?

MARY.—Sí..., de la Argentina..., ¿no?

MORALES.—¡Caramba! ¿Pero aquella ch quilla es ya esta mujer?

NICOMEDES.—Sí, hijo; nos hacen viejos.

LUISA.—(*Que asoma por la primera derecha* ¡Atiza..., hay visita!

NICOMEDES.—Aquí tienes a mi bizarro so-
ino. El coronel Morales...
LUISA.—(*Aparte.*) ¡Caray, un coronel!... (*Al-*
.) A la orden.
MORALES.—¿Y cómo usted en Madrid, ca-
llero cadete?
LUISA.—Bien, ¿y usted?
MORALES.—Digo que ¿cómo no está en la
ademia, no siendo fiesta? ¿O es que tiene al-
n permiso especial?
LUISA.—Que yo sepa, no.
DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡A que nos metemos
otro fregao!
MORALES.—Pues está faltando a sus debe-
s, caballero alumno.
NICOMEDES.—Hombre, te diré...
MORALES.—¡No me dirás nada! En cuestio-
s de Ordenanzas, soy inflexible. Y como mi
evo cargo, del que voy a tomar posesión, es
ecisamente el de director de la Academia de
ledo, va usted a hacer el favor de acompa-
rme.
LUISA.—(*Aparte.*) ¡Me caí!
DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¿No lo dije?
NICOMEDES.—Pero, Morales!...
MORALES.—¡He dicho que en marcha!
MARY.—¡Coronel, que es mi novio!
DESIDERIO.—¡Coronel!... ¡Señor coronel!...
xcelentísimo señor coronel!...
NICOMEDES.—¡Déjamelo hasta mañana!
MORALES.—¡Que he dicho que no!
DESIDERIO.—(*A Luisa.*) ¡Hija de mi vida,
tate los pantalones aunque nos muramos de
nbre!

LUISA.—(*A Desiderio.*) Yo le hablaré en cuan to nos quedemos solos.

MORALES.—(*A Nicomedes.*) ¡Es inútil!... (*A Luisa.*) ¡En marcha!...

LUISA.—¡Hasta la vuelta!

DESIDERIO.—¡Pero hija!... (*Rectifica, diri giéndose a Mary.*) ¡Pero hija, haz algo por él

MARY.—¡Señor coronel!...

NICOMEDES.—¡Pero Morales!...

MORALES.—Buenos días... (*Por el foro iz quierda hacen mutis Luisa y Morales, y tra ellos Mary y Nicomedes, que siguen suplicand al coronel.*)

DESIDERIO.—¡Y dejo que se la lleven!.. Pero, ¿cómo protesto?... ¡Yo soy un animal... un bestia!...

ESCENA FINAL

DESIDERIO y LUIS. Después HIPOLITO y NICOMEDES

LUIS.—(*Entrando tímidamente por el foro iz quierda.*) ¡Perdóneme usted, tío!

DESIDERIO.—¿Eeeeh?... ¿Pero tú, de dónd sales?

LUIS.—¡Una locura!... ¡Que he perdido la ca beza... y ni me he dado cuenta de que han pa sado dos días!

DESIDERIO.—¡Ah, canalla!... ¡Y pensar qu si tú hubieras estado aquí, mi hija no se hu biera tenido que vestir de cadete!

LUIS.—Pero..., ¿qué dice usted?

DESIDERIO.—¿No te has encontrado al co ronel de la Academia con un cadete?

UIS.—He visto a un cadete subir a un coche un señor.

ESIDERIO.—¡El director de la Academia... i hija, vestida con tu uniforme!...

UIS.—¿Eh?... ¿Que Luisa se ha puesto mi orme?... ¿Y para qué?

ESIDERIO.—¡No hay tiempo para darte icaciones! ...¡Pero toma otro coche y corre ellos a Toledo!... ¡Que me la van a meter n calabozo!

UIS.—¡Y yo que creí que era el único loco a familia! (*Mutis, corriendo, foro izquierda.*)

ESIDERIO.—¡Esto va a ser mi muerte!... puedo más!... ¡Se me nubla la vista!... ¡Se doblan las piernas!...

IPOLITO.—(*Entrando por el foro izquierda uy afectado.*) ¡Don Desiderio!... ¿Qué le a usté?

ESIDERIO.—¡Que estoy doblando, hijo!

POLITO.—¡Y todo por culpa de su her-o!

ESIDERIO.—¡No me lo nombres!... ¡Déja-olo con mi pena!

POLITO.—¡Sólo, no..., que aquí tien usté ombre que de verdad toma parte en sus su-ientos y dolores!

ESIDERIO.—¡Hipólito!

POLITO.—¡Don Desiderio! (*Se abrazan, y sta actitud los sorprende Nicomedes, que por el foro izquierda.*)

COMEDES. — (*Aterrado.*) ¿Eeeh?... ¿Pero este extremo llega vuestra vileza, misera-

POLITO.—¿Eeeh?...

DESIDERIO.—¡Nicomedes!

NICOMEDES.—¡Es repugnante!... ¡Y sob todo, usted!... ¡Abrazar al amante de su espos

DESIDERIO.—¡Nicomedes!

HIPOLITO.—¿Pero qué dice este tío?

DESIDERIO.—¡No le hagas caso!

NICOMEDES.—¡Pero si de sobra está en rado de tus relaciones con su mujer!

DESIDERIO.—¡Nicomedes, por nuestra m dre!

HIPOLITO.—¡Ay, que me está pareciendo q aquí hay algo de verdad!

DESIDERIO.—¡No lo creas, Hipólito!... ¡Q está loco!

HIPOLITO.—¡Ay, que le voy a tener que m tar a usté!

DESIDERIO.—¡Hipólito, hijo, no te obc ques!...

NICOMEDES.—¡Disimulad!... ¡Hacedme c medias ahora!... (*Se ríe.*)

HIPOLITO.—¡Usté es un cochino!

DESIDERIO.—¡Hipólito!

HIPOLITO.—¡Y yo me lo como!

DESIDERIO.—¡Hipólito, no seas cafre!

HIPOLITO.—¡Vamos pa la calle!

DESIDERIO. — ¡Hipólito!... ¡Hipólito!... (*I pólito se lanza en persecución de Desiderio, q sale disparado por el foro, derribando las ca de cigarros que hay sobre el mueble cerca de puerta.*)

NICOMEDES. — ¡Farsantes, cínicos, depra dos!...

TELON RAPIDO.
FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

a misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

MARY, DESIDERIO y NICOMEDES

Al levantarse el telón, Mary y Nicomedes es- sentados; Desiderio se pasea nerviosa- nte.)

DESIDERIO.—¡Son demasiadas horas sin sa- nada!

NICOMEDES.—¡Vamos, Desiderio, que no es a tanto!

DESIDERIO.—¿Que no es para tanto? ¡Hija mi vida!

NICOMEDES.—Pero... ¿qué dices?

DESIDERIO.—¡Caray! (*Rectifica, dirigiéndo- a Mary.*) ¡Hija de mi vida..., qué horas esta- pasando tu primo!

NICOMEDES.—Para un muchacho, eso no ifica nada.

DESIDERIO.—Para un muchacho, no; pero...

MARY.—Lo malo es si, mientras tanto, lo me- en un calaboso.

DESIDERIO.—¡Se muere!

NICOMEDES.—¡Qué se va a morir! Los hom-

bres tienen que curtirse en los contratiempo de la vida para, de verdad, ser hombres.

MARY.—De todos modos, el estar en un ca laboso tiene que ser muy desagradable. Y má si hay ratas.

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Pobre hija mía!. ¡Ella que se asustaba hasta de los saltamontes

NICOMEDES.—No hay por qué preocupars de esa forma. Aunque le metan en un calabozo ya me dijo el capitán Benítez que no hay alum no que se pase allá la noche.

DESIDERIO.—¿Los perdonan?

NICOMEDES.—Se escapan. Los calabozos tie nen una especie de gatera, y quitándose la ropa pueden salir, aunque con grandes apuros.

DESIDERIO.—Pero... ¿sin ropa?

NICOMEDES.—Completamente desnudos.

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Dios mío!... ¡Que n la hayan metido en un calabozo!... ¡Que no sa ga por la gatera!...

NICOMEDES.—Los muchachos lo toman a d versión. Y siempre hay por la parte de fuer algún compañero para ayudarles a salir...

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡El delirio!

NICOMEDES.—Y luego se los llevan a su camas. ¡Pero, Desiderio...; estás excitadísimo d un modo descompasado!

DESIDERIO.—¡Si fuera tu hija la que est viese en su lugar!

NICOMEDES.—¡Pero mi hija es una señorit

DESIDERIO.—Y la mía, ¿qué?... ¿Es un t polino?

NICOMEDES.—¿Pero qué incoherencias h blas, Desiderio? ¡Le dices hija a tu hijo!

SIDERIO.—¡Es verdad!... ¡Si es que estoy .. y ni discurro, ni discierno..., ni sé qué , ni dónde ponerme!... (*Aparte.*) ¿Pero ese de Luis no habrá alcanzado a su prima? *s primera derecha.*)

RY.—Tiene razón el tío para estar deses- lo. (*A Nicomedes.*) ¿Por qué no llamas otra l Ministerio, a ver si ya llegó el subsecre- i?

OMEDES.—Van a decir que somos unos zos, pero vamos allá. (*Mutis los dos, pri- izquierda.*)

ESCENA II

SIDERIO e HIPOLITO. Enseguida OLE- GARIO.

POLITO.—(*Entrando por el foro izquierda. éndose a alguien que se supone dentro.*) e, que voy a ver si está. (*Se dirige hacia la era derecha.*) ¡Don Desiderio!... ¡Don De- o!...

SIDERIO.—(*Entrando por la primera de- h.*) ¿Qué..., se te ha pasao ya el sofoco?

POLITO.—Usté perdone... Pero compren- e la noticia no era pa deshacerse de rego-

SIDERIO.—¡Pero sí para haber reflexiona- ¿Cuándo he visto yo a tu mujer?

OLITO.—Que sí, don Desiderio; que sí... e ofuscó ese hombre...

SIDERIO.—¿Qué quieres decirme?

OLITO.—Que está ahí el padre del seño- uperto.

DESIDERIO.—¡Pues sí que estoy para
sicas!

HIPOLITO.—Yo ya le he dicho que no s
estaba usté; pero pa mí que debía usté recib
porque es que dice ¡que viene a salvarle a
de una muerte cierta!

DESIDERIO.—¡Mi madre!... ¡A ver si es
añagaza y a lo que viene es a darme un g
por lo de su hijo!

HIPOLITO.—No lo creo, don Desiderio,
que el hombre viene muy acongojao.

DESIDERIO.—Dile que suba, pero tú es
al tanto.

HIPOLITO.—Descuide. (*Se acerca al fo*
¡Don Olegario..., haga el favor! (*Mutis.*)

DESIDERIO,—¡Y sin saber nada de mi h

OLEGARIO.—(*Entrando por el foro izqu*
da, apenadísimo.) Con permiso.

DESIDERIO.—Pase usted.

OLEGARIO.—¿Usté está bueno?

DESIDERIO.—Regular... y exagero lo
¿Y usted?

OLEGARIO. — ¡Yo estoy roto, deshech
¡Muerto podría decirse...; pero muerto de
dad! (*Llora.*)

DESIDERIO.—Caray, caballero; serénese,
no está bien que el propio cadáver llore su
llecimiento...: y que aquí, el que más y el
menos, tenemos nuestras penas, y como se
contagie el llanto... vamos a hacer un char

OLEGARIO.—Perdóneme. ¡Pero es que mi
lor es tan grande!... (*Vuelve a sollozar.*)

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Vaya perra qu

rado el hombre!... (*Alto.*) Tranquilícese y
ese. (*Lo hacen.*)
EGARIO. — ¡Ruperto, mi hijo..., que ha
ido por completo la razón!
ESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Estaba visto!... ¡Y
ás de él, vamos todos!
EGARIO.—¡Y que no tiene salvación posi-
.. ¡Que no reacciona!... ¡Y eso que lleva ya
de veinte duchas!... (*Vuelve a llorar.*) ¡Aca-
uriéndose!
SIDERIRO.—Acaba muriéndose o acaba
ático perdido.
EGARIO.—Y ya, para colmo de desdichas,
e ha escapao de casa!
SIDERIO.—¿Que se ha fugao?
EGARIO.—¡Y dejándome escrita esta car-
(*La saca.*) ¡Que ya verá usté si es una prue-
que está loco de remate.
SIDERIO.—Pero..., ¿su locura es tran-
?
EGARIO.—Ahora verá. (*Leyendo la carta.*)
me busquéis, ni me lloréis, ni os desespe-
Necesito la verdad, y como en esta vida
iste, me voy a la otra a buscarla. Allí sa-
mi Luisa era Luisa o un cadete, y si su
era un hombre de bien o un sinvergüen-
e voy al otro mundo; pero, para no deses-
me allí, esperando a desvanecer mi duda,
varé por delante a Luisita y a su padre".
SIDERIO.—¡Su padre!... ¿Pero qué lee
GARIO.—Lo que él ha escrito.
IDERIO.—Bueno; su hijo de usted, ade-
e loco, es un miserable.

OLEGARIO.—¡Compadézcale!... ¡Es un
bre demente!... Y para frustrar sus sinie
propósitos, es por lo que yo he venido a v
Voy a encerrarlo en un manicomio. (*Soll*
¡Porque se me abren las carnes pensando en
si les llegase a asesinar a ustés, loco y todo
lo metían en la cárcel!

DESIDERIO.—¡Rediez!... ¿Pues qué q
usted? ¿Que le dieran chocolate?

OLEGARIO.—No ocurrirá nada, no ocur
Confíe en mí.

DESIDERIO.—Sí; pero no se entretenga.

OLEGARIO.—No le molesto más. Oleg
García. En Arganzuela, 77, ya sabe que t
una casa y un amigo.

DESIDERIO.—Vaya usted con Dios. (*M*
Olegario.) ¡Pues no faltaba más que esto!..
me encierro en mi cuarto hasta que sepa
está enchiquerao ese idiota. (*Mutis primera*
recha.)

ESCENA III

MARY y NICOMEDES

NICOMEDES.—(*Por la primera izquierd*
tras él Mary, que asoma a despedirle.) E
luego.

MARY.—¡Que vengas enseguida, papasi!

NICOMEDES.—Depende de que vaya o
Toledo con el capitán Benítez.

MARY.—De todos modos, telefonea des
Ministerio con lo que haya.

NICOMEDES.—Desde luego. Tú no te mu
del aparato.

IARY.—Descuida.
NICOMEDES.—Hasta ahorita.
IÀRY.—Adiós. (*Mutis primera izquierda.*)

ESCENA IV

ROSARIO Y NICOMEDES

ICOMEDES.—(*Mientras se dirige hacia el*
.) Si no fuera por mí, ¿qué sería de este her-
no?... ¡Es que todo he de arreglárselo yo!
ir a salir se detiene por la entrada de Rosa-
por el foro izquierda.)
OSARIO.—Buenos días.
ICOMEDES.—Muy buenos. ¿Qué deseaba?
OSARIO.—Venía a saber de Luis.
ICOMEDES.—¡Ah!... Pues suponemos que
trá en el calabozo.
OSARIO.—¿En el calabozo?... ¡Hijo de mi
a!
COMEDES.—¿Hijo de su alma?
OSARIO.—¿Y qué ha hecho?
COMEDES.—Nada, si no tiene importan-
y aunque la tuviese, sería igual, porque con
r la carrera, asunto terminado.
OSARIO.—¿Pero de dónde va a dejar él la
era?
COMEDES.—Señora... ¿y usté quién es pa-
eterse en lo que no le importa?
OSARIO.—¿Yo?... ¡Nadie!... ¡Su madre!
COMEDES.—¿La madre de quién?
SARIO.—¿De quién va a ser? ¡De Luis!
COMEDES.—¡Pero, señora, si Luis no tie-
adre!
SARIO.—¡Está usted enterado!

NICOMEDES.—Estoy enterado por su pro
padre, que hace ya bastante tiempo que me
municó la muerte de su esposa.

ROSARIO.—¿También a usted?... ¡Dios
perdone!... A todo el mundo le va diciendo
yo he muerto para disculpar, en parte, su v
de crápula y depravaciones.

NICOMEDES.—¿Pero esto que dice es cier

ROSARIO.—A cualquiera que pregunte
aquí, le informará de mi desgracia.

NICOMEDES.—¡Recarape!

ROSARIO.—¡Y el caso es que él no es ma
pero se ha dejado dominar por los vicios...

NICOMEDES.—¿Por qué vicios?

ROSARIO.—En primer lugar, la bebida; ra
vez está en su sano juicio.

NICOMEDES.—¡Ahora me explico esas inco
gruencias y esas salidas de tono!... ¡Si me
trañaba a mí!... ¡Claro, es que está siempre
la mona!...

ROSARIO.—¡Es una pena!... Y luego, las m
jeres...

NICOMEDES.—No me hable usted, seño
que en ese terreno ya lo conozco... y llega h
ta la depravación. ¡Precisamente he llegado
tiempo de quitarle una complicación... de
más abyecto!

ROSARIO.—**¡Está loco!**

NICOMEDES.—**Yo le haré entrar en razón.**

ROSARIO.—**Difícil lo veo; pero** ¡Dios le
gue a usted su buena intención!

NICOMEDES.—¿Quizá no le haya dicho n
de la boda de **Luis?**

ROSARIO.—¿Que se casa mi hijo?... ¿Con uién?

NICOMEDES.—Con su prima.

ROSARIO.—¿Con su prima?... ¡No es posi-e!... ¿Cómo Desiderio no me iba a haber di-o nada?

NICOMEDES.—¿Pero usted ve a Desiderio?

ROSARIO.—Casi todos los días.

NICOMEDES.—(*Aparte.*) ¡Pero qué matrimo-o más raro!... Cada uno danza por su lado... luego se visitan! ¡Qué asco de modernismo! (*Alto.*) Pues, la verdad, señora; yo me figuraba e no se ocuparía de usted.

ROSARIO.—Pues se equivoca, caballero; me sa una pensión todos los meses.

NICOMEDES.—¡Ah! ...Eso le honra.

ROSARIO.—Además, corre con todos los gas-de Luis. Se porta con él como el mejor de padres.

NICOMEDES.—Sí, sí..., claro. (*Aparte.*) ¡Es concertante este hombre! (*Alto.*) Y digo yo, que sea algo delicada la pregunta... Si De-erio es tan bueno, ¿por qué no viven ustedes tos?

OSARIO. — (*Ofendida.*) ¡Caballero!... ¿Qué usted?... ¡Eso no se le ha podido ocurrir a iderio!

ICOMEDES.—No, desde luego...; es cosa

OSARIO.—¡Ya!... Pues está usted muy equi-ado. Yo soy una mujer decente. ¡Muy de-e!

ICOMEDES.—Sí, sí..., desde luego... Y us-

ted perdone... Yo es que... (*Aparte.*) ¡Que n entro yo en estos modernismos!

ROSARIO.—Lo que me sorprende enorm mente es la posibilidad de la boda de mi hij con su prima.

NICOMEDES.—No sé por qué.

ROSARIO.—Porque, según mis noticias, l muchacha tenía novio.

NICOMEDES.—Lo tuvo... Pero se murió.

ROSARIO.—¿Que se ha muerto el novio d mi sobrina?... ¡Pobre muchacho!

NICOMEDES.—¿Pero usted es que ha estad en América?

ROSARIO.—Yo, no señor.

NICOMEDES.—Como habla usted del novi de la chica, como si le conociera...

ROSARIO.—Conocerle, no le he conocido; pe ro para saber que mi sobrina tenía novio n creo yo que haga falta ir a América.

NICOMEDES.—Sí, claro... (*Aparte.*) ¡Lo qu corren las noticias!

ROSARIO.—¿Y Desiderio está conforme co la boda?

NICOMEDES.—Encantado.

ROSARIO.—Como mi sobrina tiene algún d nero.

NICOMEDES.—¿Algún dinero? ¡Más de trei ta millones de pesetas, señora!

ROSARIO.—¡Qué disparate!... ¡Ni muchísim menos!

NICOMEDES.—¿Pero lo va usted a saber m jor que yo, que acabo de comprobar el bala ce? ¡Le digo que su fortuna pasa de los trein millones!

SARIO.—Pues razón de más para que la sea imposible.

COMEDES.—No sé por qué.

SARIO.—Porque no creo que Desiderio enta, no teniendo mi hijo más patrimonio u carrera.

COMEDES.—Es que su hijo aporta al ma-nio dos millones de pesetas.

SARIO.—¿Mi hijo? ¡Usted se está burlan- mí caballero!

COMEDES.—Su hijo aporta dos millones setas, que le regalo yo.

SARIRO.—¿Y usted quién es?

COMEDES. — ¿No te lo has figurado?... zame!

SARIO.—¿Yo?...

COMEDES.—¡Sí, mujer!... ¡Yo soy Nico-s!

SARIO.—¿Nicomedes?

OMEDES.—¡Nicomedes!... El hermano de erio, que ha venido de América para ha- felicidad de todos los suyos... ¡Para ser a providencia!... Y no terminaré mi obra hacer que vuelvas con tu marido.

ARIO.—Eso ya me parece un imposible.

OMEDES.—Para mí no hay nada que lo e corregiré sus vicios...

ARIO.—¡Si fuera así!

OMEDES.—¿Es por esto nada más por lo tás separada de él?

ARIO.—Por eso, exclusivamente.

OMEDES.—Pues déjalo de mi cuenta.

ARIO.—¿Pero tanto ascendiente tiene us-re él?

NICOMEDES.—Me respeta como si fuer padre. Vas a verlo ahora mismo.

ROSARIO.—¿Pero está aquí mi marido?

NICOMEDES.—Naturalmente. ¿Dónde v estar?

ROSARIO.—(*Aparte.*) ¡Yo no le entiendo te hombre!

NICOMEDES.—Pero, mira; es mejor qu hable yo primero. Baja al café y espera qu te llame.

ROSARIO.—¡Dios le dé a usted mucha su

NICOMEDES.—De tu, mujer; de tu, que mos parientes.

ROSARIO.—Pues de tu. ¡Dios te ha envia esta casa, Nicomedes!

NICOMEDES.—¡Anda, anda!... (*Acompañ Rosario hasta el foro izquierda, por donde hace mutis, y avanza luego en la escena.*) caso es que el capitán Benítez me está espe do... Pero por la armonía de sus padres, merece que Luisito espere un poco. ¡Qué sor sa le voy a dar a Desiderio cuando le diga he estado hablando con su mujer!... (*Se acer la primera derecha.*) ¡Desiderio!... ¡Desid

ESCENA V

DESIDERIO y NICOMEDES. Al final, MA

DESIDERIO.—(*Entrando por la primera quierda.*) ¿Qué pasa?

NICOMEDES.—Echame el aliento.

DESIDERIO.—¿Que te eche el aliento?

NICOMEDES.—Sí; échame el aliento.

DESIDERIO.—(*Le obedece.*) ¿Tienes frío

COMEDES. — ¡Qué barbaridad!... ¡Cómo
s a vino! ¡Si no bebieras con esa exagera-

SIDERIO.—¡Nicomedes!... ¡Pero si yo no
por el hígado!
COMEDES.—Por el hígado, no; pero por
o de las narices, eres un sumidero.
SIDERIO.—Pues no lo he probado en mi

COMEDES. — ¡Qué frescura! ¡Siéntate!
te.) ¡Menudo salto va a dar! ¿Con quién
que acabo de hablar ahora mismo?
SIDERIO.—Qué sé yo.
COMEDES.—Con tu mujer.
SIDERIO.—(*Dando un salto.*) ¡Jesucristo!
COMEDES.—¿No lo dije?
SIDERIO.—¿Con mi mujer?... Pero, Nico-
; si mi pobre mujer...
OMEDES.—Ha muerto, ¿verdad? Eso me
a mí, y eso vas diciendo a todo el mun-
ra justificar tu vida de borracheras y de
istas.
SIDERIO. — ¿Conquistas? Pero si desde
e quedé viudo me he dedicado exclusiva-
a mi hija. (*Aparte.*) ¡Vaya!... Digo...
OMEDES.—¡Buena, buena la has cogido
esiderio! Ya no sabes si es hijo o hija lo
enes. Luego di que no te emborrachas.
razón tu mujer.
IDERIO.—No me la nombres, te lo rue-
e trae recuerdos...
OMEDES.—Sí; recuerdos de lo que le has
pasar a esa desgraciada con tus borra-
y tus conquistas.

DESIDERIO.—¡Y dale con mis conquista
NICOMEDES.—Pero, ¿me lo vas a nega mí? Sería el colmo... ¿Y la mujer del camar
DESIDERIO.—¿Cuál?
NICOMEDES.—Pero, oye: ¿cuántas tiene de la caja de polvos, la faja...
DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Anda salero, ya me acordaba! (*Alto.*) ¡Sí, tienes razón!
NICOMEDES.—Vamos. Ya vas confesa Afortunadamente, con la boda de los chicos coges de buen humor, y aunque la mentira es lo más odioso, te perdono, a condición: mero, de que dejes el vino, y segundo, que bes con todos los líos que tienes, incluso e la mujer del camarero...; por más que de yo me encargo.
DESIDERIO.—¡Por Dios, Nicomedes, no vas a armar otro lío!
NICOMEDES.—Descuida. Y después, que gas las paces con tu mujer.
DESIDERIO.—¡Zambomba!
NICOMEDES.—¿Te niegas? ¿No quieres vir con ella?
DESIDERIO.—¿Pero cómo quieres que con un cadáver?
MARY.—(*Entrando por la primera izq da.*) ¡Ah!... ¿Pero aun no te fuiste?
NICOMEDES.—Me han entretenido.
MARY.—Pues el capitán Benítez acaba de mar.
NICOMEDES.—Vamos ahora mismo. (*Mu los dos, primera izquierda.*)
DESIDERIO.—¡Dios mío!... ¿Qué será d hija?

ESCENA VI

ROSARIO y DESIDERIO

ROSARIO.—(*Entrando por el foro izquierda.*))esiderio!... ¡Cuánto celebro verte!

DESIDERIO. Hola, Rosario.

ROSARIO.—Y eso que estoy muy dolida con-go.

DESIDERIO.—¿También tú?

ROSARIO.—¡No haberme dicho una palabra e la boda de Luis!

DESIDERIO.—¿Que se casa Luis?

ROSARIO.—¿Pero no se casa con tu hija?

DESIDERIO.—¿Que se casa tu hijo con mi ja?... Pero, ¿qué dices, mujer?... ¿Es que no bes que Luisa tiene novio?

ROSARIO.—Sí que lo sabía; pero luego me e enterado de que se ha muerto.

DESIDERIO.—¿Que se ha muerto Ruperto? Pobre muchacho! ¡Claro, las duchas!...

ROSARIO.—¡También tengo que comunicar-otra nueva noticia! ¡Qué hago l s paces con i marido!

DESIDERIO.—¿Qué me cuentas?

ROSARIO.—Lo que oyes: que hago las paces on mi marido y que antes de ocho días estamos viendo juntos.

DESIDERIO.—Pues, mira; eso sí que lo cele-ro. ¿Y quién ha mediado entre tu marido y tú ara llegar a este acuerdo?

ROSARIO.—¡Un santo!

DESIDERIO.—¿San Serenín del Monte?

ROSARIO.—Una persona que es un santo Nicomedes!

DESIDERIO.—¿Qué Nicomedes?

ROSARIO.—Tu hermano.

DESIDERIO.—¿Mi hermano?... Pero ¿se conocen?

ROSARIO.—Se conoce.

DESIDERIO.—Eso pregunto: ¿que si se conocen?

ROSARIO.—Y eso te contesto: que se conoce que se conocen.

DESIDERIO.—Si, claro...; se conoce que se conocen... Pero, ¿dónde han podido conocerse? ¿Es que tu marido ha estado en América?

ROSARIO.—¡Sabe Dios dónde habrá estado ese hombre!...

DESIDERIO.—Que no me lo explico... Como tampoco puedo explicarme de dónde has sacado tú lo de la boda de los chicos.

ROSARIO.—Me lo ha dicho tu hermano.

DESIDERIO.—¿Mi hermano? ¡Es imposible!

ROSARIO.—Pues me lo ha dicho.

DESIDERIO.—¡Pero si mi hermano no sabe que tengo tal hija!

ROSARIO.—¡Di más bien que no te hace gracia la boda, porque Luisa tiene treinta millones de pesetas!... ¡Que todo se sabe!

DESIDERIRO. — ¡Echa millones!... ¿Pero es que le ha tocao el "gordo" de Navidad y se lo ha ocultao a su padre?

ROSARIO.—¡No disimules!... Ahora que te advierto que mi Luis lleva al matrimonio dos millones de pesetas.

DESIDERIO.—Pero... ¿de las buenas?

ROSARIO.—¡Naturalmente!... ¡Dos millones que le regala Nicomedes!

ESIDERIO.—¿También Nicomedes? ¡Dicho-
Nicomedes!... Pero, bueno, bueno... ¿Tú es-
segura de que mi hermano sabe que tengo
hija?
)SARIO.—¡Pues no he de estarlo?
ESIDERIO.—¡No tienes idea de la que has
ao! ¡Porque si Nicomedes sabe que tengo
hija...y que no hay tal cadete...
)SARIO.—¿Qué dices, Desiderio?... ¿Es que
ocurrido algo a mi hijo? (*A gritos.*)
ESIDERIO.—¡No le ha pasado nada!... ¡Y
lte, que si te oyen, me pierdes!... ¡Tú no
lo que pasa aquí! ¡Tu hijo, es mío!...
SARIO.—¿Que es tuyo?... ¿Que es hijo tu-
i Luis?... ¿Y cómo no lo sé yo, Desiderio?
SIDERIO.—¡Porque se me olvidó decírte-
Yo no tengo ninguna hija!... ¿Te enteras?
SARIO.—¿Y Luisa?
SIDERIO.—¡No es mía!
SARIO.—¿Que no es hija tuya Luisa?
SIDERIO.—¡Que no!... ¡Y basta!... Ahora
tú le has dicho que eres la madre de Luis
añadidura, sabe que yo tengo una hija...,
no me ha machacao aún la cabeza o me
ao por un balcón?... (*Ruperto aparece por
fo.*)

ESCENA VII

Dichos y Ruperto

ERTO.—¿Se puede?
IDERIO. — ¡Anda, quien está aquí! ¡El
!
ERTO.—¡Cómo?

ROSARIO.—¿Quién?

DESIDERIO.—¡El novio de la chica, Rupe

ROSARIO.—¡Pero si se ha muerto!

RUPERTO.—¿Yo?

DESIDERIO.—No te preocupes. Habrá res tado.

ROSARIO.—¿Y lo dices tan tranquilo?

DESIDERIO.—¿Qué quieres? A mí ya no sorprende nada. Figúrate que mi mujer, ha muerto hace más de veinte años, ha res tado hoy. ¿Cómo va a sorprenderme que re cite éste, que, después de todo, es un cadáver veinticuatro horas?

RUPERTO.—¡Déjese usted de líos, don De derio!

DESIDERIO.—¡Eso quisiera yo!

RUPERTO.—Y a lo que vengo. Donde me cuentre al cadete...

ROSARIO.—¡Ay! ¿Qué?

RUPERTO.—Que le doy un grito de ¡viva madre!

ROSARIO.—¡Muchas gracias!

RUPERTO.—¿Muchas gracias? ¿Por qué?

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Ahora verás! (*Al* Porque esta señora es la madre del cadete.

ROSARIO.—Servidora de usted.

RUPERTO.—¡No empecemos, don Deside no empecemos! Esta señora no puede ser la dre del cadete, porque el cadete no tiene ma

DESIDERIO.—(*A Rosario.*) ¿Lo ves?

RUPERTO.—El cadete, llamémosle así, no ne más que padre.

ROSARIO.—Bueno, eso es lo que él va ciendo...

RUPERTO.—¡Y el padre es usted, don Desi-
lerio!
ROSARIO.—¿Tú?
DESIDERIO. — ¿Qué te dije? ¡Ya lo estás
yendo!
RUPERTO.—Bueno, pues en cuanto me en-
uentre al cadete, me abrazo a él y me lo como
besos.
ROSARIO.—Pero, Dios mío de mi alma, ¿qué
ice este hombre, Desiderio?
RUPERTO.—¡Y ya no hay quien me separe
e él hasta el día de la boda!
ROSARIO.—¿Hasta el día de la boda? ¡Ave
laría Purísima!
RUPERTO.—Sí; sí señora. Como que el cade-
: es una mujer disfrada de hombre. ¡Estoy en
secreto!
ROSARIO.—¿Que está usted en el secreto?
Basta!! ¡El cadete es un hombre!
RUPERTO.—¡Que no empecemos! ¡Que no
npecemos! (*Loco perdido.*)
ROSARIO.—¡Y su madre soy yo!... ¡Yo!...
RUPERTO.—¡Que no tiene madre!
DESIDERIO.—(*Medio canturreando.*) ¡No tie-
: madre!... ¡No tiene madre!...
RUPERTO.—¡Su madre se ha muerto hace
ás de veinte años!... ¿Verdad, don Desiderio?
DESIDERIO.—¡Yo ya no sé si me llamo De-
lerio!
ROSARIO.—Está usted confundido; el cadete
repito que tiene madre, que soy yo.
RUPERTO.—¡Que no enredemos, que no en-
demos!... ¡El cadete es mi Luisa y yo la en-
ntraré!... ¡Luisa! ¡Luisa! (*Mutis por el foro.*)

ROSARIO.—¡Pero este joven está loco!

DESIDERIO.—Yo creo que lo estamos todos.

ROSARIO.—Pero ¿y mi Luis?... ¿Está en la Academia?

DESIDERIO.—No lo sé.

ROSARIO.—¿Que no lo sabes?

DESIDERIO.—No. De aquí se marchó tras de Luisa, en un automóvil, y no he vuelto a saber ni una palabra de los dos.

ROSARIO.—¡Pues esto es que se han fugado, Desiderio!

DESIDERIO.—¡Rosario! ¿Qué dices?... ¿Fugado con Luisa?

ROSARIO.—¡Y tú tienes la culpa, por haberte opuesto a la boda!

DESIDERIO.—¡Pues se va arreglando esto, Dios mío!

ESCENA VIII

ROSARIO, DESIDERIO y NICOMEDES. Enseguida LUIS y después LUISA

NICOMEDES.—(*Entrando por el foro.*) Aquí tenemos ya al cadete. ¿Y Mary?

DESIDERIO.—Por ahí andará.

NICOMEDES.—Voy a buscarla. (*Al salir tropieza con Luis, que entra por el foro, vestido de uniforme, con el cuello del capote subido de tal modo que le oculta completamente la cara.*)

DESIDERIO.—(*Yendo hacia él y abrazándole.*) ¡Hija mía!...

ROSARIO.—(*Yendo hacia él y abrazándole.*) ¡Hijo de mi vida!...

LUIS.—(*Descubriéndose.*) ¡Tío de mi alma, he erdido la carrera!

DESIDERIO.—¡Tú! ¿Pero y mi hija?

ROSARIO.—¡Luis! ¿Qué has hecho de tu rima?

LUIS.—¿Yo?

DESIDERIO.—¡Hija, hija de mi alma! (*Entra uisa por el foro, vestida de mujer, completa-ente destrozada.*)

LUISA.—¿Se puede pasar?

DESIDERIO.—(*Yendo hacia ella.*) ¡Luisa!

ROSARIO.—¡Sobrina!

DESIDERIO.—¿Pero cómo vienes?

LUISA.—¡Hecha cisco!

DESIDERIO.—No habrás salido por la gate-, ¿verdad hija mía?

LUISA.—¿Por la gatera?

DESIDERIO.—¿Pero no te han metido en la rrección?

LUIS.—¡Ca! Si al que le han metido ha sido amí, tío.

DESIDERIO.—¿A ti?

LUISA.—Claro. Como que yo di mico al co-el en Algodor.

ROSARIO.—¿Pero qué es esto, Desiderio?

LUISA.—Y por aquí, ¿qué hay?

DESIDERIO.—¡La locura, hija! Ahora te con-tá. Pero vamos adentro para explicar a tu tía... (*Hacen mutis por la derecha Luisa, Desi-erio y Rosario. Al ir a hacer mutis Luis, es de-tido por la voz de Mary, que entra por el fo.*)

ESCENA IX

MARY y LUIS. Después, NICOMEDES y DESIDERIO.

MARY.—¡Primo!

LUIS.—¡Caray! (*Se vuelve.*) Señorita.

MARY.—¡Ah!... (*Aparte.*) ¡Qué cadete más guapo..., pero qué guapo!... (*Alto.*) Perdone usted, le había tomado por mi primo, aunque... ¡qué diferensia!...

LUIS.—(*Aparte.*) ¡Mi madre, qué guayabo!... (*Alto.*) Conque me había tomado por su primo, ¿que seguramente también será su novio?

MARY.—Lo que se dise novio, no... Porque el matrimonio hay que haserlo con el corasón... ¿No le parese?... ¿Digo bien?

LUIS.—¡Dice usted de una manera como para comérsela!... ¡Vaya cara, vaya cuerpo, vaya resandunguera gracia!

MARY.—¡Así..., así me gustan a mí los hombres.) (*Se sientan en el primer término de la izquierda, donde hablan muy acaramelados, y quedando Luis de espaldas a la escena y muy tapado con el capote y la gorra.*)

LUIS.—¡Y así, así me gustan a mí las mujeres! (*Nicomedes entra por el foro.*)

NICOMEDES.—¡Caray, cómo están los primitos!... ¡Voy a avisar a Desiderio, para que se le caiga la baba! (*Mutis por la derecha.*)

MARY. — ¡Qué esperansa! ¡Nos casaremos, quiera mi padre o no!

LUIS.—¡Por mí!...

icomedes, sacando por la derecha, y poco os que a la fuerza, a Desiderio.)

ESIDERIO.—Pero, ¿qué dices?

COMEDES.—Lo que oyes. ¡Mira cómo es-os primos!

ESIDERIO. — (*Aparte.*) ¡Tú sí que eres o!

COMEDES.—Anda, avisa a tu mujer.

SIDERIO.—¡Y dale!... Pero, hombre, por ¿no te he dicho?...

COMEDES.—Está bien. Iré yo por ella. *s por la derecha.*)

SIDERIO.—¿Qué mujer me traerá éste? *s tras él.*)

ESCENA X

MARY, LUIS y RUPERTO.

PERTO.—(*Entra por el foro y ve al cade-*
Ah!... ¡Por fin!... (*Va como loco a Luis y laza y le besa.*) ¡Luisa mía!...

RY.—¡Caballero!

S.—(*Deshaciéndose de él violentamente.*) oiga usted, idiota!

PERTO.—(*Aterrado ya y loco del todo.*) ... ¡Es un hombre!... ¡Auxilio!... ¡Soco-(*Incoherente.*) ¡Que me encierren!... ¡Que cierren!... (*Se va hacia el foro, donde per-e, dejándose caer sobre una silla.*)

ESCENA XI

DICHOS, DESIDERIO y NICOMEDES. Despu
LUISA y ROSARIO.

NICOMEDES.—(*Entrando por la derecha, guido de Desiderio.*) ¿Pero qué pasa?

DESIDERIO.—(*Aparte.*) ¡Llegó la catástro

NICOMEDES.—(*Viendo en este momento cara de Luis.*) ¿Pero qué porquería de cad es éste?

DESIDERIO.—(*Resignado ante la catástr inevitable.*) El que tú has traído, Nicomed porque no hay otro.

NICOMEDES.—¡Eh!

MARY.—¡Papá, ya no me caso con mi prim

DESIDERIO.—¡Bendita sea tu boca!

NICOMEDES.—¿Qué dices?

MARY.—¡Que mi futuro es éste! (*Por Luis.*)

NICOMEDES.—(*Medio loco.*) ¿Pero quién éste?

LUISA.—(*Entrando por la derecha, vestida mujer, y acompañada de Rosario.*) Mira, tío...

NICOMEDES.—(*Volviéndose hacia Luisa, da vez más loco.*) Pero, ¿quién es ésta?

DESIDERIO.—Tu sobrina y mi única hija.

NICOMEDES.—(*Dirigiéndose a Rosario, p le estalla la cabeza ante aquel lío.*) ¿Oyes lo q dice tu marido?

ROSARIO.—¿Mi marido? Pero si éste no mi marido, Nicomedes.

NICOMEDES.—¿Cómo?

ROSARIO.—¡Si es mi primo!

NICOMEDES.—¡Aquí, por lo visto, el ún

imo he sido yo!... (*A Desiderio.*) ¡Habla!... ame una explicación, siquiera!...

LUISA.—Muy sencillo, tío: como tú nos amezaste con matarnos de hambre, y como papá yó que no volverías más de América, te esbió que había tenido un hijo, cuando lo que ía tenido era una hija.

NICOMEDES.—En resumen, que me habéis ñado.

DESIDERIO.—Como a un chino.

NICOMEDES. — ¡Bueno! (*Hace ademán de edirles, y todos huyen.*) Pues mi determinaes irrevocable. Te quito los dos cafés.

ESIDERIO.—¡Nicomedes!

UISA.—¡Tío!

ICOMEDES.—Y nosotros, mañana mismo volvemos a América, Mary.

ARY.—¡Qué esperansa! Yo me caso con u.

COMEDES.—¡Pero si es una mujer!

ARY.—¡Es un hombre, papá!

OSARIO.—¡Mi hijo, Nicomedes!

COMEDES.—¿Y usted, quién es?

SIDERIO.—Una prima de mi pobre muue en paz descanse, y a quien quiero como a hermana.

COMEDES. — Muy bien; tú te casas con quieras. (*A su hija.*) Pero tú, Desiderio...

SIDERIO.—¡Nicomedes, perdón!

S—No se apure usted, tio. El día de mi vuelven los dos cafés a poder de usted, ien mil duros de dote que Mary y yo rega- a Luisita. ¿Te parece bien?

MARY.—¡Me parece bien todo lo que a ti t parezca, bien mío!

NICOMEDES.—En eso no puedo meterme.

RUPERTO. — (*Acercándose.*) Vamos a ver s nos entendemos. Entonces, Luisa...

LUISA.—¡Pedazo de carnicero!... ¡Luisa so yo!

RUPERTO.—¿No habrá más líos, don Des derio?

DESIDERIO.—Hijo, no lo sé.

RUPERTO.—Esta es Luisa, la cafetera, ¿ver dad? No resulte luego que es...

ESCENA FINAL

DICHOS, HIPOLITO y OLEGARIO

(*Entra Hipólito, aterrado, por el foro.*)

HIPOLITO.—¡Señorito Ruperto, tírese por balcón!

DESIDERIO.—¿Qué ocurre?

HIPOLITO.—¡El carnicero, que está a la pue ta con un coche y dos loqueros, para llevárse a usted a Leganés!

RUPERTO.—¡Demonio! (*Vase al primer té mino izquierda.*)

DESIDERIO.—¡Déjale que suba!

OLEGARIO. — (*Entrando por el foro, m triste.*) Felices, señores.

DESIDERIO.—Felices, don Ole.

OLEGARIO.—Anda, Ruperto, hijo mío; d pídete de estos señores, que nos vamos a d un paseíto en coche. (*Haciendo a los demás p sonajes gestos significativos.*)

RUPERTO. — ¿Yo?... (*Dice que no con el edo.*)

DESIDERIO.—Un momento, don Ole. (*Apar-.*) ¡Ahora verás lo bueno! (*Alto.*) Tengo el gus- de presentarle a mi hija Luisa...

OLEGARIO.—¿Cómo?...

DESIDERIO.—Mi hija Luisa, heredera de este fé y del de Oriente, con cien mil duros de te y prometida de Ruperto desde hace cuatro os.

OLEGARIO.—Pero, ¿y el cadete?

DESIDERIO.—¿Qué cadete? ¡Si no hay tal dete!

OLEGARIO.—¿Que no hay tal cadete? ¿Que ted tiene una hija? ¿Que?... ¡Muy buenas tar- s, señores! (*Medio mutis.*)

RUPERTO.—¿A dónde va usted, padre?

OLEGARIO.—¡A que me encierren a mí, hijo!

DESIDERIO.—Usted, quieto aquí hasta el día la boda.

(AL PUBLICO.)

Y aprovecho este clarito
para acabar el juguete,
no me pongan en el brete
de sufrir otro liito.

TELON.

FIN DEL JUGUETE.

Martes 16

TALIA publicará

El clamoroso y reciente éxito de

D. Antonio Paso

¡Un Marqués nada menos!..

Tres actos cómicos

¡La obra de las cien mil carcajadas!

La obra más graciosa del mejor

autor cómico actual

revemente

RA UNA VEZ EN BAGDAD...

Láminas de "LAS MIL Y UNA NOCHES"
De D. EDUARDO MARQUINA

Una bella y romántica historia del lejano Oriente escenificada por nuestro genial poeta dramático español

l verdadero acontecimiento artístico

TALIA

REVISTA DE OBRAS TEATRALES

NUMEROS PUBLICADO

LA TONTA DEL RIZO

Comedia en tres actos de Pedro Muñoz Seca.

LOS RESTOS

Comedia burlesca en tres actos de S. y J. Alvarez Quinte

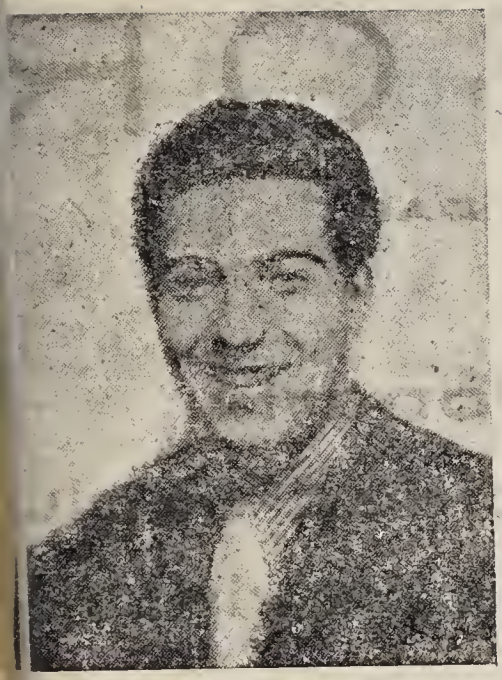
¿QUIEN ME COMPRA UN LIO

Tres actos cómicos de José de Lucio y Julián Moyrón

NUMEROS ATRASADOS

Distribuidora BLAMF

PAZ, n.° 6 -:- TELEF. 15665



NUEVOS VALORES

Con EMILIO NAVARRO

Entre las figuras de la compañía de Aurora Redondo y Valeriano León, la magnífica pareja que con clamoroso éxito actúa en el teatro Reina Victoria, destaca el joven y simpático actor Emilio Navarro, nuevo valor de la escena y al que "Talía" quiere dedicar con todo cariño esta página.

Emilio Navarro que desde niño tiene gran afición al teatro y que viene actuando desde los diez y seis años, es un muchacho inteligente y dotado de temperamento artístico, cualidades que unidas a su entusiasmo, hacen sea no promesa sino ya realidad, de un excelente galán de comedia. Desde el comienzo de su carrera artística, trabajando en provincias con importantes compañías, hasta su incorporación a la de Aurora y Valeriano, todas sus actuaciones han ido acompañadas de constantes aplausos al interpretar con gran acierto importantes papeles en las más famosas obras de nuestro teatro cómico. Felicitamos pues, a la citada pareja por tan valiosa adquisición y esperamos verle pronto a Emilio en papeles de mayor envergadura.

LABOR

PUBLICIDAD

Concesionaria
para la publicidad exclu
siva en esta Revista

Carrera de San Jerónimo, 5

Teléfono 16628

Apartado 486

MADRID

EN PREPARACION

Los andrajos de la Púrpura

Drama de Don Jacinto Benavente

GRACIA Y JUSTICIA

(Continuación de Morena Clara)
de Antonio Quintero

TERESA de JESUS

De Eduardo Marquina
(Estampas Carmelitas)

FULANITA Y MENGANITO

Juguete cómico de Luis F. de Sevilla

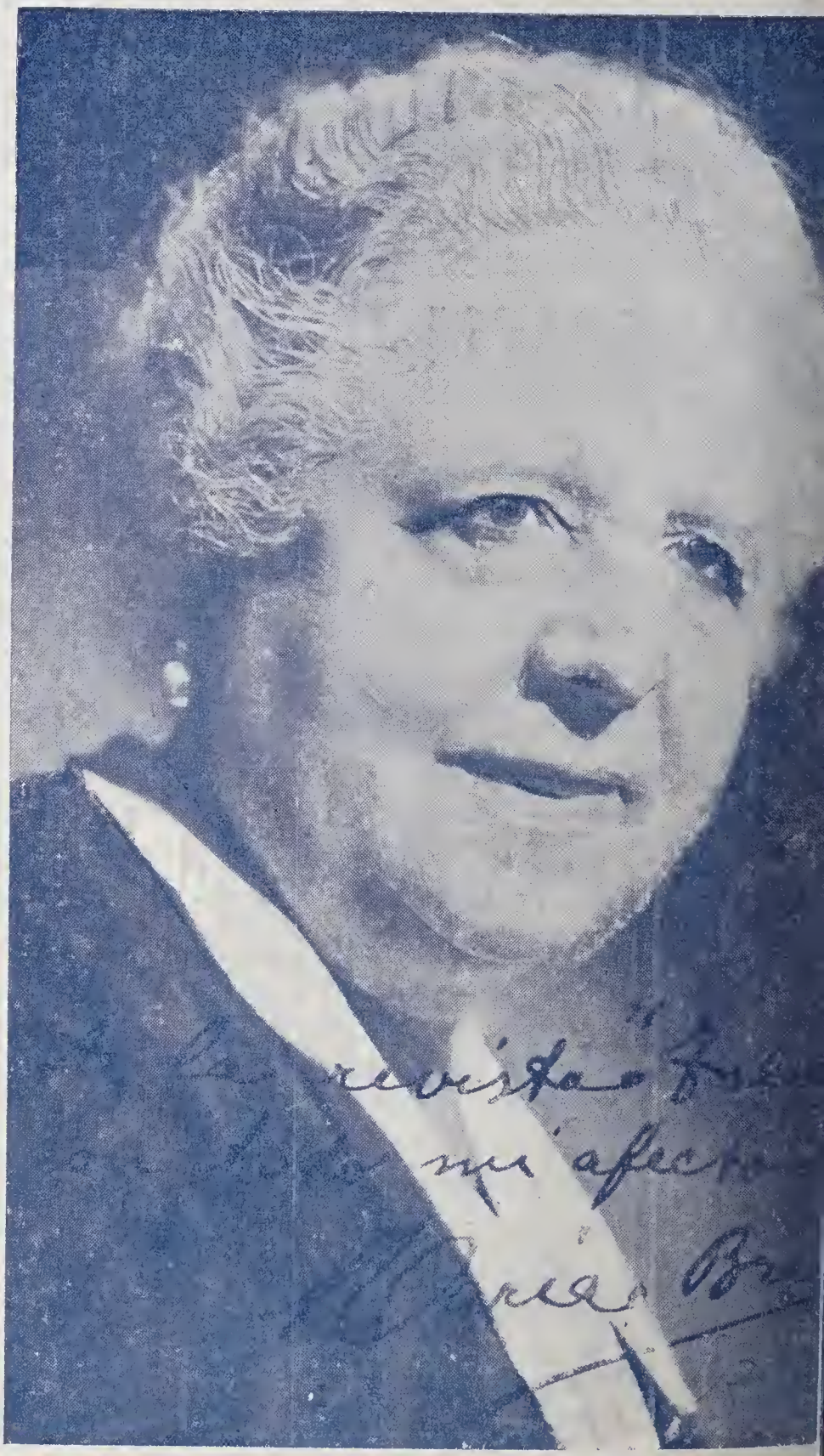
CUI - PING - SING

O LA BOCA RASGADA
Leyenda de la vieja China
por Agustín de Foxá

Lo que hablan las mujeres

De S. y J. Alvarez Quintero

A DE OBRAS
ATRALES



MARIA BRU
Maravillosa intérprete de
¿QUIEN ME COMPRA UN LIO?